This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

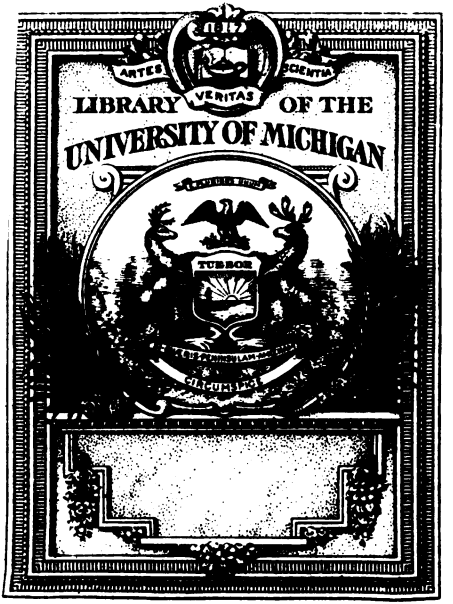
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR

EL AZOTE DE TUNOS,

HOLGAZANES Y VAGABUNDOS:

OBRITA ÚTIL Á TODOS,

EN LA QUAL SE DESCUBREN LOS ENGAÑOS Y FRAUDES DE LOS QUE CORREN EL MUNDO Á COSTA AGENA. REFIÉRENSE MUCHÍSIMOS CASOS ACONTECIDOS EN MATERIA DE VAGOS PARA DESENGAÑO É INSTRUCCION DE LA GENTE SENCILLA Y CRÉDULA.

TRADUCCION LIBRE DE LA LENGUA TOSCANA

POR *D. J. O.*

TERCERA IMPRESION.

EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS Y VIDAL,
JUNTO Á LA PLAZUELA DE LUDONES,
1802.

Se hallará en la Librería de la viuda de Cerro, Red de San Luis; y en su Puesto, calle de Alcalá.

858
A996
t077

Arch. Lit.
3-22-72
93442-89

AL LECTOR.

Se ven en todos tiempos y clases de gentes algunas personas cultas y sabias, que dexando sus padres y patria salen á correr diversas ciudades, paises y provincias del mundo, con deseo de ver nuevas naciones, hábitos extraños, diversos ritos, costumbres peregrinas, y oir variedad de lenguas, aprendiendo á costa de sus caudales, incomodidades, riesgós, vigilias con utilidad propia, á vivir bien y honestamente, huir los errores, seguir la virtud y sanas costumbres, sacando las rosas de entre las espinas, la miel de los panales que la encierran, y el vino generoso de entre las heces de errores comunes. Así tambien yo, aunque diversamente, habiendo por algunos encargos corrido el mundo, y visto y considerado entre otras muchas co-

sas la naturaleza, carácter y costumbres de los que llamamos Biantes ó Vagabundos y Tunantes, en quienes vale muy poco la especulativa, siendo su saber todo práctico, me he entretenido en los calores de este verano en escribir lo que pude adquirir de los referidos, á fin de advertir á todos que se guarden de las utilísimas artes y malicia con que van engañando á las gentes sencillas, y trampeando á los incautos, único fin á que la presente Obrilla se dirige. Esta, aunque sé muy bien que no será digna de oidos delicados y acostumbrados á cosas altas y peregrinas, sin embargo no dudo podrá servir de una conversacion inocente, útil y divertida en alguna de las cansadas noches del invierno al abrigo de la chimenea. Vale.

CAPITULO PRIMERO.

Del orígen de los Biantes, Galloferos, Geretanos, Tunantes y Vagabúndos.

Llámanse *Biantes* del Filósofo Biante, natural de Priene, inventor, segun algunos, del andar vagando y corriendo el mundo á costa agena. Otros los llaman *Ceretanos*, de las ceremonias de los Sacerdotes de la Diosa Ceres, de quienes dicen tomáron orígen. Estos Sacerdotes, segun escriben algunos Autores, habiendo en una sedicion sido sacados de Roma por otros Sacerdotes de mas poder, se retiráron á un lugar de Umbria elevado y fuerte por naturaleza, no muy distante del rio Nera, donde edificáron una poblacion cercada de fuertes murallas para resistir en caso necesario á los asaltos de los enemigos, y la llamáron *Cereto*. Exercitáron allí el

Sacerdocio y ceremonias mismas que habian exercido en Roma de sus falsos Dioses. Habiéndoles con el tiempo venido á faltar las víctimas y demas cosas para los sacrificios, y por consiguiente de qué vivir, el Sumo Sacerdote de ellos repartió los menores en varias partes del mundo; los quales, con palabras engañosas y falacias, se hicieron conocer por falsos Sacerdotes de los Gentiles, y fuéron llamados *Ceretanos* por el lugar de que habian salido.

Otros, negándoles este principio y orígen, dixéron que en unos parages muy fructíferos y amenos del territorio de Camerino habitaba antiguamente gran multitud de Gentiles, cuyos hijos, multiplicados extraordinariamente, huyéron de la disciplina y obediencia de sus padres, y despues temiendo el castigo, abandonado el lugar, se fuéron retirando á Cereto, donde viviéron en adelante, y tomáron el nombre. Y por quanto traían su

orígen de Sacerdotes, á quienes pertenecia el culto de sus falsos Dioses, por mas que despues recibiéron la fe de Jesu-Christo, como la naturaleza les habia dotado de una loquacidad maravillosa, segun aun vemos hoy dia, no pudiéron ni pueden ocultar su descendencia, dexándose ver en lugares públicos, discurriendo y charlataneando de mil modos diversos.

CAPITULO II.

De las varias especies de Biantes, Tunantes, Vagos, Galloferos, Vagabundos y Cereanos.

Habiendo en los tiempos adelante aumentado en Cereto prodigiosamente aquellas gentes, su gran padre el sumo Sacerdote de Ceres, para que en pueblo tan numeroso no hubiese confusion ni sediciones, los dividió al tenor de su respectivo ingenio en diferentes clases y sectas, tanto que no

sería posible indagar el nombre de todas. Así que nos contentarémos por ahora con nombrar algunas mas principales que todavia permanecen, haciendo de cada una su capítulo propio. Son las siguientes:

Nombre de las saetas de Vagos y Tunantes que giran por el mundo.

1. *Biantes.*
2. *Felsos.*
3. *Afrayles.*
4. *Abordones.*
5. *Acaptosos.*
6. *Afarfantes.*
7. *Acapones.*
8. *Lagrimantes.*
9. *Insensatos.*
10. *Acayentes.*
11. *Cambaldos.*
12. *Mutuantes.*
12. *Tembladores.*
14. *Admirantes.*
15. *Icones.*
16. *Atarantados.*
17. *Pedazeros.*
18. *Cruxientes.*
19. *Clerigones.*
20. *Rebautizados.*
21. *Falpadores.*
22. *Harineros.*
23. *Lampareros.*
24. *Reliquieros.*
25. *Paulianos.*
26. *Protobiantes.*
27. *Caliceantes.*
28. *Lavadores.*
29. *Croceantes.*
30. *Compadreros.*
31. *Familiosos.*
32. *Vergonzantes.*
33. *Morganeros.*
34. *Testadores.*

De todas estas especies de Biantes espero tratar, protestando que lo hago con reserva de las personas honradas y de bien, que por hallarse necesitadas, sin evidente culpa suya, piden limosna para remediarse, únicamente por amor de Dios, sin narraciones de fabulas ni embustes como los Biantes exetan. Tampoco entiendo con esto retraer á nadie de hacer limosna si puede á los verdaderos pobres, ántes bien exhorto á todos los pudientes á que se la den; pues la limosna no se debe dar á los holgazanes y embuidores, sino á Dios mismo, en cuyo nombre la piden los verdaderos necesitados, esperando siempre de lá bondad divina la retribucion, hasta de un sorvo de agua dado por su amor al pobre, singularmente si fuere pio y buen christiano.

CAPITULO III.

De los Biantes.

Los Biantes ó Beantes son llamados así del verbo latino *beare*, que significa hacer felices ó dichosos; pues estos se prometen mútuamente su felicidad en la tierra con su detestable modo de buscarse la vida, y aun enriquecer. Llevan consigo breves, bulas, y falsos privilegios de Sumos Pontífices y otros Prelados, ó de algunos santuarios ó lugares pios, extendiendo las indulgencias y concesiones á mucha amplitud, con que prometen al pueblo rudo y sencillo sacar las almas de sus difuntos, no solo del purgatorio, pues esto es para ellos una bagatela, sino tambien del profundo del infierno, á pesar y despecho de todos los demonios que en él habita, y absolver de culpa y pena á qualquiera gran pecador, con tal que les alargue la mano

en la limosna, y todo esto en virtud de sus amplias facultades y privilegios en beneficio de los christianos. Referiré un caso de esta especie.

Un tal Gabriel Prado, por los años de 1455, al tiempo que el Papa Calixto III. canonizó á San Vicente Ferrer, habiendo ido con muchos compañeros en peregrinacion, ó digamos Biantería, á la isla de Sicilia, predicaba por las ciudades y pueblos los milagros del Santo, y vestia á toda clase de personas de la tela del hábito dominicano. Vendia ó trocaba por dinero ciertas oraciones impresas que atribuía al mismo Santo, haciendo lo propio con otras cosas que afirmaba ser sus reliquias.

Habiendo pues tenido noticia de que en una ciudad marítima de la isla adonde se encaminaba, no habia estameña dominicana, dexó dos compañeros en otra que la habia, con órden de que á los ocho dias viniesen disfrazados de mercaderes con un barco car-

gado de tal estameña. Entre tanto llegado Gabriel á dicha ciudad, empezó á proponer y prometer nuevos inauditos milagros de San Vicente. Habiendo predicado cinco dias, é inducido á infinitas gentes piadosas á vestirse de aquel hábito, como no se hallase en la ciudad, ordenó que por espacio de tres dias y tres noches se rogase á Dios, y á su santo confesor Vicente, para que se dignase socorrer á sus cordiales devotos con enviarles aquella tela. Fué tan en buena sazon, que el mismo dia tercero de la rogativa se dexó ya ver el barco en el puerto una madrugada, y los fingidos mercaderes compañeros de Gabriel con gran cantidad de piezas de estameña Dominicana, y esparciéron voz de que la habian allí traído por órden y revelacion de San Vicente.

Divulgado esto, y tenido de todos por un gran milagro, no solamente los de aquella ciudad, sino tambien las gentes de los pueblos de la comarca,

llenas de sencillez y devocion, se vistiéron de aquel hábito; y fuéron en tanto número que pasáron de quince mil; de suerte que no bastó la mucha estameña que habian traido para satisfacer el zelo de aquellas gentes. Adquirió Gabriel tanta celebridad y crédito, que partió de Sicilia cargado de oro y plata, de las crecidas limosnas que le hiciéron, con varios pretextos y fines, y de la ganancia de tan infame y sacrílego comercio; y se fué á Nápoles con sus compañeros, adonde triunfó y gastó mucho tiempo, sirviéndose con la mayor magnificencia, y á lo noble, á costa de la piedad incauta de las personas demasiado crédulas y simples.

Súpose con el tiempo la verdad del caso, y llegando á oidos del Duque de Sesa, hombre sagaz y advertido, deseoso de hacer á los Biantes una buena burla, y vindicar de algun modo el desacato hecho á Dios (que acaso le inspiraba) y á sus Santos: mandó á

ciertos criados suyos que se estuviesen en un prado vecino á Teano, para que quando llegasen allí unos de estos, que sabia debian pasar en breve, les instasen á venirse con ellos al palacio del Duque su Señor que los necesitaba en extremo. Venidos que fuéron los Biantes con mucho tren, y encontrándose con ellos los criados del Duque, les rogáron con afectuosas palabras que viniesen á visitar á su amo el Duque de Sesa, el qual deseaba y necesitaba de que con la autoridad y privilegios que sabia traian, le absolviesen de algunos excesos bastante graves, prometiéndoles en nombre suyo una crecida limosna. Encendidos los Biantes con el ansia del lucro, sin meterse en hacer discursos pasáron á Sesa; y sabida por el sagaz Duque su llegada, se entró en una pieza, y cerró casi del todo las ventanas, dexándolas con muy poca luz. Fuéron conducidos los Biantes á su presencia, y él con semblante melancólico, len-

gua balbuciente, cabeza caída, y manos temblonas, fingiendo no poder tenerse en pie de pura debilidad, apoyado á un báculo, y aparentando simplicidad y estolidez, con palabras truncadas, y que apénas se dexaban entender, les manifestó su deseo, á saber, que queria, y les suplicaba mucho le dispensasen y absolviesen de un gran pecado. Los Biantes, mirándose unos á otros, comenzáron á hablar en gerigonza y algarabía para que nadie los entendiera (como suelen hacer quando lo necesitan), dándose mutuos parabienes de la ganancia que la simplicidad de aquel Señor les ofrecia.

Habia el Duque instruido ántes muy bien á su Médico para que en su presencia pidiese á los Biantes las bulas, pergaminos y demas patentes que traían, y las leyese en voz alta, y que despues de leidas las alabase y celebrase mucho, diciendo que á ninguno habia jamás visto venir de la Curia

Romana con tanta autoridad y amplias facultades como ellos traian en aquel celestial tesoro. Pero lo que sobre todo exageraba y encarecia era decir que allí venia potestad de absolver y perdonar, no solo los pecados hechos, sino aun los por hacer. Celebrado en esta forma los despachos por el Médico, con infinitas expresiones, prometió el Duque darles doscientos escudos si le absolvian y dispensaban la pena de un pecado aun no cometido. Respondiéron á esto los Biantes querian consultar entre sí mismos aquel caso, y deliberar con madurez si sus facultades realmente se extendian a tanto. A estas palabras mostró el Duque quedar satisfecho: despidiólos, y mandó se alojasen ellos, criados y carruages en su palacio, y que se les asistiese con abundancia de todo lo necesario. Aquella noche tuviéron su consejo estos grandes sátrapas, y concluyéron por fin, que el Duque era el hombre mas necio del

mundo, y el Médico que habia leido las bulas el mayor pedazo de jumento, pues habia creído que ellos podian absolver hasta pecados futuros, cosa jamas oída: así determináron agarrar los doscientos escudos, y absolverlo del pecado que habia de cometer. Pasada la noche, y venida la mañana y hora competente, los hizo llamar el Duque, y les preguntó con ansia, qué era lo que habia resuelto sobre lo tratado; á lo que respondiéron que habian considerado maduramente sus instrucciones y facultades, y hallaban en su legítima interpretacion que podian concederle fuese absuelto del pecado por cometer. Así, escrita luego la patente ó buleto de dispensa que ellos llamaban *Bistucha*, recibiéron de la propia mano del Duque los doscientos escudos, y despues de haber comido, saliéron de Sesa con aplauso y alegría extraordinaria.

Pero luego que llegáron á un paso estrecho en el fondo de un valle no

muy léjos de la ciudad, los asaltáron los mismos criados y gente del Duque, les quitáron el dinero, ropa, caballos y carruages; en cambio de todo lo qual les diéron tan exôrbitante suma de palos que los tuviéron de sobra por largo tiempo. Supiéron que aquello se habia executado por mandato del Duque, y luego mal parados y adoloridos como se hallaban, volviéron á darle sus quexas de tamaña injuria en agradecimiento del bien espiritual que de ellos habia recibido, concluyendo con suplicarle les mandase restituir lo suyo. A lo qual respondió el astuto Duque: *Idos, hermanos, que este es aquel pecado que ha tanto tiempo deseaba cometer: con la dispensacion que vosotros me habeis concedido haré que me absuelvan, y vosotros ireis libres del peso de tantas cosas, restituyéndoos á Cereto sin peligro de ser robados.* De este modo los Biantes fuéron lindamente biados y castigados, aunque merecian mucho mayor

castigo por el ultrage que hacian á las cosas sagradas.

CAPITULO IV.

De los Felsos.

Llámanse *Felsos* por motivo de su falsedad, como si dixéramos *Falsos*; pero truecan una letra para disimular y encubrir su verdadero nombre y falsedades. Ostentan estos que quieren ir por un camino, y seguir su viage; pero despues atajan y retroceden buscando sus intereses y ganancia. Fíngense llenos de espíritu divino, estándolo del diabólico; y que como profetas saben lo futuro; y por quanto son muy expertos en las cosas pasadas, v. gr. felicidades é infortunios, van de ellas infiriendo, y agorando las venideras. Por este y semejantes medios van engañando suegras y nueras, sabiendo que entre éstas pocas veces hay paz. Fingen que en las ca-

sas hay tesoros escondidos, que los guardan espíritus malignos, á quienes ellos conocen muy bien, y que estos espíritus no pueden ser ahuyentados de allí sino con los sacrificios, ayunos y oraciones de sus compañeros; pues de lo contrario habria mucho riesgo de perder la vida. Con semejantes apariencias dan á entender que pueden mucho con Dios, y que muchas veces han librado el género humano de grandes peligros y calamidades.

Uno de esta secta, llamado Juan, camina, cierta ocasion hácia Sena. Pasando por el Condado de Perosa, y llegando al castillo de Panical, encontró una muger ya de edad, y la dixo: *Dios te guarde buena muger, y te dé mejor fortuna de la que hasta ahora has tenido: sé que has padecido muchos trabajos.* Dicho lo qual siguió su camino. La muger que se sintió aquella pulga en la oreja, deseosa de saber las cosas venideras, dexando el

cántaro de agua que llevaba en la cabeza, siguió al Felso, y le pidió con muchas súplicas la dixese por Dios lo que habia de ser de ella. Fingiendo aquel con mucho aparato de razones y ademanes misteriosos que no podia interrumpir su camino que era muy largo, y por negocios de suma consideracion é importancia, la dixo por fin, que fuese á la hostería del castillo donde habia de comer aquel dia, y allí la diria cosas que podrian importarla mucho. Fuese la muger á su casa, cargóse de huevos, pan, vino y otras cosas que contempló necesarias al falso profeta, y con paso diligente lo fué á buscar, darle aquel agasajo, y rogarle que si sabia alguna cosa que hubiese de sucederla, tuviese á bien revelársela.

Entónces el astuto Felso, preguntando á la simple muger un sin número de cosas pasadas acerca de la familia que tenia consigo, y habiendo entendido que tenia un solo hijo, y ya

casado, la dixo: ¡*pobre muger*! *tu hija ha muchos años que no te trata como madre, sino como esclava y sierva comprada por baxísimo precio. Su muger y nuera tuya es quien á ello lo induce, persuadida de una vecina tuya que te aborrece de muerte.* A esto la muger, resolviendo mil cosas en su imaginacion, y moviéndose el seso hácia diversas partes, empezó á decir: *todo eso....* y queriendo proseguir, *es verdad*, la interrumpió Juan diciendo: *calla, calla, calla, no me cortes las palabras que te convienen; escúchame muy aténtamente.* Calló la muger, y prosiguió el Felso así: *la tal vecina no obra esto por su voluntad, sino que el espíritu de un difunto de tu casa la fuerza á executarlo, por motivo de hahaberte tú olvidado con poca razon de hacer bien por su descanso. Por lo qual, si deseas librarte de semejantes inquietudes y pesares, debes enviar un escudo de oro á un hermitaño de nuestra hermita, para que luego haga oracion*

con los compañeros, y celebren Misas por aquella alma, la qual con eso saldrá brevemente de las acerbas penas que está padeciendo en el Purgatorio, y muchas de ellas por tu causa. Con este ardid se ganó Juan el regalo de aquella sencilla muger, y aun algo mas del escudo que pedia.

Otra ocasion un cierto Pasqual, famoso y señalado en este arte, disfrazado de peregrino pasó por Terni, y entrando en una pequeña hostería oyó hablar de un tal Jacobo, hombre sin malicia y muy ignorante; pero que poseía gran suma de oro ya mohoso y envejecido en el arca; y que dicho Jacobo solia concurrir á la hostería misma á comunicar con los pasageros. Sirviéndose de esta noticia, iba Pasqual todos los dias allí, fingiendo varias diligencias y negocios importantes, hasta que con estudiadas y fingidas razones llegó á trabar amistad con el tal Jacobo. Tanto supo decir y hacer que por fin logró sa-

carle un hijo de pila, y ser su compadre. Con la escusa de este parentesco que él sabia ponderar maravillosamente, solia pasar á menudo por Cerni, yéndole siempre á visitar en su casa. Un dia pues entre muchos, llamando á solas á Jacobo, le dixo queria revelarle un gran secreto, y era que en su misma casa habia escondida una gran cantidad de oro y plata, y prometia hacérselo declarar así por boca de una calavera que habia en su hermita, como ella misma se lo habia revelado á él.

Quando Jacobo oyó decir que una calavera hablaba y revelaba las cosas ocultas, quedó atónito y como fuera de sí, concluyendo que sin detencion alguna queria verlo y oirlo por sus mismos ojos y oidos. Al punto lo llevó Pasqual á su habitacion: sacó una calavera, y desenvolviéndola de un velo en que la tenia envuelta, la puso sobre una mesa en el sitio donde habia un agujero, por el qual pasaba

una caña sin nudos á manera de cerbatana, que venia á dar á cierto sótano. Púsose luego de rodillas, é hizo se arrodillase tambien Jacobo, y concluida su fingida oracion, preguntó Pasqual á la calavera en qué parage de la casa de Jacobo estaba el tesoro escondido, y de qué forma podria sacarse. A lo qual respondió la calavera por boca del compañero que desde la cueva hablaba por la caña, *que el tesoro estaba hácia la mano derecha; pero que no se sacaria á ménos que se le pusiesen encima por espacio de tres dias quatro libras de oro.* Oyendo esto Jacobo, respondió lleno de admiracion diciendo: *yo no tengo mas de trescientos escudos de oro, que son cerca de tres libras; lo pondremos dentro de un puchero nuevo, y lo colocarémos encima del tesoro, segun ordena esta calavera prodigiosa.* Como le dixese Pasqual y lo confirmase la calavera que aquella cantidad era bastante, partieron ambos con resolucion de practi-

carlo puntualmente. El falso Pasqual, que tenia bien observada toda la casa de Jacobo, mirando el puchero en que éste pensaba poner sus escudos, traxo otro en todo semejante lleno de arena y bien tapado. Sacando pues Jacobo su puchero, puso en él Pasqual los escudos de Jacobo, y lo tapó con un papel del modo mismo que tenia tapado su puchero escondido. Hechas estas ceremonias, con todas las apariencias de exâctitud, baxaron ambos al sótano, llevando Jacobo el puchero con el oro con gran devocion y reverencia, y llegados al parage señalado, tomó Pasqual el puchero de Jacobo para colocarlo de su mano bien y fielmente encima del tesoro, siguiendo la voz de la calavera; pero he aqui que en vez de poner aquel puchero, puso diestramente el suyo con la arena, escondiendo el del oro en cierta alforza de su capa, con la mayor sutileza. Como Jacobo vió allí el puchero, no tuvo la menor sos-

pecha de malicia ni engaño, y saliéndose de la cueva, dixo Pasqual que se iba á ciertas diligencias muy importantes en beneficio de otros amigos, y que al tercer dia volveria á la misma hora para que ambos sacasen el tesoro sin que nadie lo supiese; y entre tanto mandó á Jacobo tuviese la cueva bien cerrada y la llave siempre consigo. Partió Pasqual contentísimo con el oro robado, y no lo quedó ménos Jacobo con el tesoro que ya parece veía, de manera que aquellos tres dias fueron para él tres años. Vino finalmente el dia tercero; y el buen Jacobo espera que te esperarás á que Pasqual acudiese; pero no parece Pasqual: cierra la noche, y Pasqual no viene todavia: estáse esperando hasta la mañana siguiente, y Pasqual no asoma. Finalmente, desesperado por tanto esperar, abrió y baxó á su cueva, y destapando el puchero halló que sus escudos se habian convertido en arena por arte

muy comun y nada diabólica. Fué tanto el sentimiento que tuvo del caso, y el dolor de la pérdida de lo adquirido por querer adquirir mas, que sobreviniéndole un delirio, murió en pocos dias blasfemando de Pasqual, del compadre, de la calavera, de los tesoros, y de su necedad y simpleza.

Abra, pues, todo el mundo los ojos un palmo, y mire con quién trata; pues lances como éste suceden á menudo, y es menester estar en vela contra semejantes embuidores, y contra las tentaciones de querer enriquecer sin trabajo.

CAPITULO V.

De los Afrayles.

Afrayles son los frayles fingidos, á saber, hombres que con hábito de religiosos, ya blanco, ya pardo, ya ceniciento, ya negro, y á semejanza de Curas ó Capellanes, cometen

maldades horribles, de las quales suelen á veces darse las culpas á los buenos y santos religiosos. Los tales pues sin tener órden alguna, cometen el horroroso atentado de celebrar Misa; y si ven ocasion oportuna, publican es aquella la primera que dicen despues de ordenados, y esto por la ganancia de las ofertas y limosnas que suelen darse á los Misacantanos. Algunos de estos han sido castigados por el Santo Tribunal en nuestros dias, como pudiéramos individualizar si fuese necesario. Siéntanse tambien á oir confesiones, y absuelven de qualesquiera pecados y censuras, con grande detrimento de las almas, y menosprecio de los santos Sacramentos; pero siempre con utilidad de sus bolsas, imponiendo por satisfacion ó penitencia limosnas y Misas que se deben hacer y decir en sus ermitas. Predican que los hermanos de su Congregacion son muy santos, y sus oraciones aceptas á Dios: que

en su hermita y oratorio descansan muchos cuerpos de varones santísimos, y por tanto necesita de muchas limosnas y socorros, ya para reparar el edificio, ya para los muchos *yacentes* de su hospital llamado de Veludo. Cree el vulgo ignorante que estos *yacentes* son pobres enfermos; pero son piedras que ellos han arrojado en un valle que llaman Veludo, encubriendo sus embustes baxo de semejantes coloridos, así como con el hábito fingido encubren infinitas maldades. No se avergüenzan estos embuidores por el negro interes é ilícita ganancia de afirmar que su monasterio (en quien jamás habitaron ni lo vieron) está riquísimo de indulgencias y gracias muy especiales de los Sumos Pontífices.

Para venderse por santos entre la gente sencilla, suelen estos malvados tomar panes calientes acabados de salir del horno, y meterlos en un vaso de vino rubio, y despues de bien

empapados, los secan al sol, y los llevan consigo. Quando llegan á los lugares, piden á las mugeres y personas simples una poca de agua por amor de Dios para beber, aparentando que todo su mantenimiento es solo pan seco y agua pura. Recibida ésta, rompen aquel pan, y poniéndolo en el agua á presencia de las mugeres y demas gentes sencillas, se lo van comiendo, y dexan despues el agua teñida del color de vino. Visto esto, las mugeres ignorantes lo tienen por milagro, y dicen á todos que han venido á su casa Religiosos santos que han convertido el agua en vino; de manera que se les da crédito, y se divulga la fama. Entónces estos bribones, aparentando que huyen los honores y el nombre de santidad, mandan á las mugeres que callen; pero porque saben que con eso lo publicarán mas. Finalmente, concurre la turba inexperta (y nada maliciosa en sementes mercancias) con

dádivas y regalos, engañada en un vaso de agua teñida.

He oido muchas veces contar á personas fidedignas, que uno de esta Secta, acompañado de otros seis, llevaba una caña gruesa, y alta vara y media, como para báculo en el camino, en la qual, quitados algunos de sus nudos interiores, habia metido porcion de huevos batidos. Llegados á una aldea, pidió delante de aquella gente simple dos ó tres huevos por amor de Dios, para poder dar alimento á sus virtuosos compañeros, y á él, que ha muchas horas que no habian comido cosa alguna. Habidos dos huevos, pidió tambien prestada por caridad una sarten con que hacer aquella pequeña fritada para los seis virtuosos varones, esperando que con ella y la santa bendicion de Dios quedarian todos satisfechos. Hecho todo esto, y estando ya friéndose los huevos, hizo como que necesitaba una cuchara con que revolverlos; pero no

aguardó que se la diesen, sino que metiendo en la sarten el cabo superior de la caña para revolver con ella la tortilla, iba dándola vueltas y aumentando la dosis con los huevos batidos que dentro venian, no cesando al mismo tiempo de dar bendiciones á la sarten, y rogar á Dios se dignase acordarse de sus siervos. No pudiendo atinar aquellas buenas gentes cómo de un par de huevos podia haberse hecho una tortilla gruesa de quatro dedos, lo atribuyéron á milagro, y daban á Dios mil bendiciones y gracias de que les habia enviado aquellos santos y siervos suyos para manifestarles su poder y divina providencia. Tocaban con ellos sus rosarios: les besaban los pies y manos con extraordinaria reverencia, y les pedian su santa bendicion; de manera, que engañado todo el pueblo, consiguieron aquellos belladones muchísima limosna de pan, queso, dinero y otras muchas cosas, con que pasa-

ron á engañar otros pueblos.

Años atrás prendió y castigó el Vicario Episcopal de Urbino á unos que con hábito de San Francisco iban por aquella Diócesis publicando indulgencias falsas y milagros soñados, visiones y revelaciones fingidas, con otros mil embustes, á fin de coger dinero. Entre otras cosas decian haber tenido revelacion un santo varon (que habia hecho áspera penitencia junto al sepulcro de nuestro Señor Jesucristo casi quarenta años) de que este mundo se habia de acabar en breve por los grandes pecados de los hombres, multiplicados sin número sobre la faz de la tierra; sabido lo qual, habia recurrido con fervorosos ruegos á la Reyna del Cielo Madre de Dios y fuente de misericordia María Santísima, refugio de los míseros pecadores, la qual por fin impetró el perdon, é hizo revocar tan dura y terrible sentencia. Que preguntando despues aquel santo hombre á la Vír-

gen María, qué era lo que esta Señora exîgia de los mortales por tan singular gracia como les había conseguido, le respondió: *Volverás á tu patria, y cerca de Paterno hallarás un templo construido en los tiempos pasados á honor mio; pero ahora arruinado. Caminarás sobre la mano derecha de este templo, y hallarás una escalera que conduce á una cueva espaciosa, en la que hay una ventanilla pequeña. Quien meterá la cabeza por esta ventanilla el dia del Nacimiento de mi Hijo y el de mi Asuncion, quedará libre de toda culpa; y al partir de este mundo no sentirá pena ni dolor alguno. Hallarás tambien la imágen mia y de mi Hijo, que se conservan ilesas en tanta antiguedad, y un armario lleno de privilegios de Sumos Pontífices concedidos á dicho templo, como tambien una arca llena de huesos de Santos. Enviarás, pues, tus compañeros al pueblo fiel en nombre mio, exhortando á todas las familias á que te envie cada una el di-*

nero necesario para pagar un dia de trabajo en la fábrica y reedificacion de este templo. Los que obedecerán serán con toda su familia libres de la peste que Dios enviará dentro de breve tiempo; pero quien será contumaz, y no dará crédito á tus palabras, ni á las de los que tú enviares, será arrancado de la tierra de los vivientes con toda su descendencia. Tú así me construirás el templo en recompensa de la gracia que he obtenido de Dios para el mundo. Esta diabólica mentira y horrible embeleco predicaban aquellos embuidores como cosa certísima, y decian eran enviados por aquel que ellos llamaban *Padre* para absolver de qualesquiera pecados, y con mas facilidad pudiesen todos adquirir la gracia de Dios nuestro Señor. Por medio tan detestable juntáron muchísimo dinero de la gente incauta y crédula; pero todo quedó en manos de la justicia, que le dió el destino correspondiente, y á los falsarios el castigo merecido por delitos

tan perniciosos. Esto lo permite Dios para exemplo de los demas, y que nadie se atreva á solicitar lo ageno por medios injustos y con semejantes embustes

Pero vaya otro caso no inferior al referido. Tomas del Valle, de... que no tenia el lugar menor entre estos Afrayles, dixo en cierta ocasion á un amigo suyo muy curioso: *Sábete, que con mas facilidad engañamos á los que se precian de saber las cosas de nuestra secta, que á los ignorantes. Hace tiempo que andando yo girando por Apulia entré en un lugar llamado* Monte Calvo; *y procurando sacar algo á la mesonera, me dixo delante de todos* que me conocia por hombre malo, y que sabia muy bien mis costumbres, como las de otros pícaros mis compañeros á mí semejantes, y que de ningun modo la engañaria. *Entónces fué quando comencé á esperar sacarle alguna cosa, como efectivamente sucedió; pues aparentando darla un buen consejo, la dixe: que*

nunca se fiáse de los Biantes ó Ceretanos (de los quales fingen ignorar aun el nombre, y niegan ser de ellos), porque seguramente la engañarian. Por este consejo me dió un Carlino (1). *Despues la hice sentar junto á mí, y la pregunté si alguna vez habia mandado rezar los once mil padre nuestros de Santa Ursola; y respondiendo* que no sabia qué cosa fuesen, ni cómo se rezasen; *al punto la encaxé esta solemne mentira, ó digamos ficcion, parte tomada de cosa verdadera, y parte por mí inventada. La dixe*, que á Santa Ursola fué revelado que su madre era atormentada cruelmente en la otra vida por un adulterio que cometió en ésta: el tormento era que una culebra muy gruesa y larga, fea y horrorosa se arrollaba en su alma con diez vueltas: que la mordia la barba y pecho con dientes de acero envenenados; y que con la cola,

(1) *Es moneda de plata Napolitana, que vale unos 14 quartos.*

que estaba llena de garfios, la daba fortísimos latigazos y golpes, atormentándola cruelísimamente. Entónces la Santa, acompañada de las once mil Vírgenes, hizo oracion á Dios tan fervorosamente, que librando á su madre de tantos tormentos, la sacó del infierno, y la llevó á la gloria. Por lo qual, si ella queria librarse de las penas del infierno, y de aquella horrorosa culebra, hiciese rezar estos padre nuestros, advirtiendo que solo se rezaban en tres lugares, que eran Roma, Jerusalen y la ermita de Paterno, en la qual hay once ermitaños que los rezan todos en un dia con gran devocion, sin comer ni beber, y sin tomar estipendio; porque si alguno quisiese darlo, seria excluido del mérito de tantas oraciones; solo era necesario llevar de limosna tres libras de cera en velas.

Esta muger entónces, dándome crédito (aunque la habia advertido ántes de que no fuese crédula), y teniendo

por verdad aquella falsa narrativa, me dió neciamente quatro Carlinos para las velas, á fin de que yo la hiciese rezar aquellos padre nuestros, que ni yo ni otro habiamos de executar. Despues de esto se confesó conmigo; y sabiendo yo por la confesion que una hija suya se habia hallado veinte y seis Carlinos que se le habian caido á cierta vieja que iba á visitar á nuestra Señora de Monte-Vergine, la hice me diera uno de estos veinte y seis Carlinos por su absolucion: luego me dió otro por la absolucion de la hija; y finalmente me añadió otro por el alma de la vieja cuyos eran. Así esta muger tan sagaz, que presumia conocer los embuidores, me dió siete Carlinos, siendo yo aquel mismo embuidor y embustero que ella habia nombrado; pero no me supo discernir baxo de este fingido hábito.

Estén, pues, atentos los lectores á nó dar crédito á los Biantes y Ceretanos, y á no fiarse de sus embustes,

si no quieren ser engañados y perjudicados sencillamente en la conciencia y en la bolsa.

No quiero concluir este capítulo sin referir otro caso semejante que me contó quien se halló presente. Giraba por diferentes pueblos de Italia, singularmente en la Diócesis de Volaterra, un Afrayle vestido de ermitaño, con túnica gruesa y blanca, ceñida con una cuerda anudada, y con su manto encima, al qual se unia una capucha tambien blanca. Llevaba en sus manos un grueso y larguísimo rosario, y colgado al pecho un crucifixo de bronce de mas que mediano tamaño. Su barba y pelo eran muy prolixos, de manera que en el aspecto parecia un San Macario, un San Onofre, ó un San Anton venido del desierto.

Iba diciendo á las personas sencillas (informándose ántes muy bien con suma cautela), *que el alma de cierto pariente de éstas, ó bien de algun amigo, familiar &c. estaba en el Pur-*

gatorio padeciendo crueliſimas penas, y que para ſacarla de ellas era neceſario hacer celebrar tantas Miſas á tal Vírgen, en tal Santuario (que siempre era léjos y extravagante); pues como no lo librasen de los tormentos con este ſufragio, irian ellos dentro de breve tiempo al lugar mismo, y se duplicarian cien veces las penas sobre sus almas. De esta manera ponia tanto miedo á las gentes, que para no ir allá tan presto le daban mucho dinero para que mandase él decir las Miſas por las almas de aquellos. Á la viuda daba noticias de su marido: al hijo malas nuevas de su padre; y sobre lo que pasa en la otra vida. Continuando en esto mucho tiempo, sucedió que se juntáron en Monte Fóscoli, Diócesis de Volaterra, el dia de la Anunciacion los Predicadores de los pueblos circunvecinos, y otros Sacerdotes seculares, llamados á la festividad que solemnemente se celebra en dicha Villa. Hablóse sobre mesa por via de conver-

sacion de las visiones, éxtasis, apárecimientos y revelaciones, y quándo podia dárseles crédito ó no, con cuya ocasion se vino á tratar del embustero referido, y de las crecidas limosnas que habia recogido y recogia por revelar las cosas del otro mundo. Resolvieron aquellos sabios y prudentes Sacerdotes, *que el tal hombre era un temerario, afirmando cosas que Dios raras veces revela aun á sus escogidos, ó era un gran Santo.* Quiso su divina Magestad, para que se descubriese el fraude hecho á tantas almas del Purgatorio, que en el mismo punto llegase el embustero á pedir limosna á la propia casa de la fiesta, y habiendo los criados dado la noticia á los Sacerdotes, resolvieron hacerlo entrar, y convidarlo á la mesa. Hízose el convite repetidas veces, pero siempre rehusó la entrada, lo qual aumentó la sospecha de aquellos Eclesiásticos de que seria sin duda un embuidor como otros muchos: así salió á la puerta

uno de ellos, que era Religioso Dominico, y le dixo: *Si tú pides por amor de Dios tu mantenimiento, ¿por qué reusas entrar á comer con estos piadosos Sacerdotes que te lo ruegan?* Entónces, no hallando de pronto cosa que responder, aceptó el convite, entró luego, se sentó á la mesa, y comió como los otros. A fines de la comida se renovó la conversacion de las revelaciones, y el embustero Afrayle comenzó á temblar y demudarse, manifestando en el semblante su crímen. Quiso escapar, pero fué detenido; y preguntado sobre sus visiones y revelaciones, y por qué medio sabia que tales y tales almas estaban en el Purgatorio, en el Cielo &c., respondió la buena pieza negándolo todo, afirmándose *en que jamás habia revelado ni dicho cosa alguna de aquellas, ni sabia de almas ni penas de la otra vida.* Pero como la mentira tiene las alas cortas, compareció allí una pobre muger, que atestiguó en presencia del

mismo y de todos haberle dado quatro escudos para Misas, por haberla asegurado que el alma de su marido estaba en el Purgatorio. Ni faltáron otras personas en la hora que atestiguáron haber caido en el mismo engaño que dicha muger, dándole dinero con el propio fin. Consultáron aquellos doctos Eclesiásticos entre sí lo que debian hacer con aquel mal hombre; y como no se hallasen con proporcion de enviarlo preso al Obispo del territorio, le preguntáron dónde tenia el dinero tan injustamente recogido. No pudiendo el falsario responder palabra alguna en su defensa, por verse convicto, sacó un pañito con algunos dineros envueltos, diciendo no tenia mas; pero los que se hallaban á su rededor lo registráron, y le halláron ceñida al cuerpo una correa, dentro de la qual tenia mas de trescientos escudos en oro. Descubierta así la falsedad del Afrayle, le cortáron á navaja la larguísima barba y el cabello, y le qui-

tierra de Milan, Ticino y sus contornos. Si alguno me preguntare, cómo llamo *Ceretanos* á estos siendo de paises diversos, respondo: que habiéndose los Ceretanos esparcido por el mundo, han sembrado por todas partes esta pésima semilla; por cuya razon se hallan á cada paso ellos, sus hijos ó sus discípulos descendientes de aquella mala raza, y no es maravilla sigan las huellas de sus padres y maestros.

Uno de estos pues, llamado *Redondo*, habiendo partido de Ticino á visitar, segun decia, la santa Casa de Loreto, pedia limosna para sustentarse, y cositas de plata *para hacer un cáliz que sirviese en los incruentos sacrificios de aquel Santuario, segun el precepto y órden que en revelacion habia tenido de la Santísima Vírgen.* Por lo comun predicaba esto donde veia mugeres, y añadia: *que si alguna de ellas hubiese, por fragilidad de la carne, caido en adulterio, ó fornicacion, se*

abstuviese de dar limosna, pues la Madre de Dios, ysiempre Vírgen María, no queria que se le ofreciese cáliz hecho con limosnas de mugeres corruptas y violadas por el pecado carnal, sino que debian confesarse primero. Por esta causa no habia muger que no se quitase luego los anillos de los dedos, y se arrancase los broches, evillas, y otras muchas joyuelas de encima, y las diese de limosna al embustero aquel para ser tenida por honesta, casta y púdica. Aun las poco castas le daban mas y mas presto para ser reputadas por las mas honradas y honestas. Así con estas estratagemas en su larga peregrinacion juntó gran suma de oro y alhajas de plata.

El Vicario de cierto Obispo estaba comunicando con algunos Notarios, Procuradores y otros Oficiales de su Curia acerca de los engaños y maldades de estos bribones que van en falsas romerías; y he aquí que comparece uno de ellos, llamado Bartolomé,

el qual, aunque era Ceretano, se fingia Placentino, y decia era intérprete en una oficina del Papa. Venia ricamente vestido, llevaba una prolija barba, y á la espalda atado un bordoncillo de no mayor longitud que media vara, ó poco mas, en señal de ser peregrino. Iba caballero en una buena mula, y lo servian dos criados que lo llamaban *Antepos*. Pidió limosna al referido Vicario, que estaba á la puerta de Palacio, diciéndole iba por voto á Santiago de Galicia. Rióse el Vicario y sus compañeros viendo quán á tiempo habia caido el lobo en la fábula, ó acaso en la trampa; pero no se cayó de ánimo Bartolome, ántes conociendo la causa de aquella risa, les dixo: *No soy yo, señores, como tal vez habreis creido, algun Ceretano embuidor: soy Placentino, y he estado muchos años en la Corte Romana, donde habiendo sanado de una larga y peligrosa enfermedad, voy á cumplir el voto que en ella hice de peregrinar hasta*

Santiago de Galicia pidiendo limosna, y sin poder gastar dinero propio; pero aseguro á vmds. son tantas mis posesiones, que no habian de poderse regar todas aunque lloviese ahora tres dias y tres noches. Con este modo de hablar entendia significar aquel falso Bordon una pequeña casa que acababa de construir en Cereto, cuyo piso no se regaria aunque lloviese todo un año. Replicó á esto uno de los Notarios: *Pues si eres rico, segun afirmas, ¿no seria mas conveniente hacer el viage á tu costa que á la agena? No*, respondió el falso Bordon, sin turbarse en nada, *porque el rubor que nos cubre el rostro quando pedimos la limosna, es de tanto mérito que excede á qualquiera gastos y fatigas.* De esta manera, instando, pidiendo, respondiendo, protestando y apremiando oportuna é importunamente, consiguió de aquel Notario cebada para la mula. Sucedióle lo que á cierto Médico muy docto, que mientras estaba escribiendo un li-

bro de los preservativos de la peste y de su curacion, murió apestado.

Predicando en Milan cierto Religioso Francisco, uno de estos falsos Bordones, dexando aparte su compañero, manifestó y dió al Predicador una bolsa con 300 escudos, que decia *haberse hallado en la calle; y sin duda dexada allí por el demonio á fin de quitarle el gran mérito de su romería, singularmente habiendo él hecho voto de ir á sus devociones con pobreza, y mendigando el alimento; por lo qual le rogaba que en el próximo sermon avisase al Pueblo de que si alguno habia perdido cierta cantidad de dinero, dando las señas, acudiese por él*; y al mismo tiempo le suplicó lo recomendase á la piedad de los fieles para que le hiciesen limosna. Creyendo sencillamente el Predicador las fingidas palabras del falso Bordon, le prometió hacerlo así, como efectivamente lo hizo el dia siguiente, en que tomando el tema de la caridad con el próximo y la limos-

na, recomendó con esta ocasion al Pueblo aquel peregrino, alabando su gran fidelidad en haber entregado desinteresadamente la gran suma de dinero que se habia hallado, lo qual sucede pocas veces, especialmente en personas pobres y mendigos. Fuéron tan eficaces las razones del Predicador, que el Duque de Milan, que se hallaba presente, y los demas de aquel numeroso concurso, le hiciéron tan extraordinaria limosna, qué llegó á exceder el dinero dado al Predicador, y marchó luego. El dia siguiente compareció el compañero del falso Bordon vestido de mercader, y dando por menor las señas del dinero, la cantidad, la bolsa y el parage donde lo habia perdido, pues todo lo sabia el picaron, le fué restituido. Dícese, que despues se burlaban de aquellas gentes, y se alababan de haberlas engañado; pero mejor pudieran y debieran ellos llorar aquel engaño como tan contra su conciencia, y en detrimento de sus almas.

CAPITULO VII.

De los Acaptosos.

Llámanse estos así por el cautiverio y esclavitud que dicen haber padecido largo tiempo. Fingen tener padres y hermanos en poder de Moros, Sarracenos ó Piratas, á fin de recoger por este medio limosnas para redimirlos. Quando llegan á las Ciudades y Pueblos se encaminan á las plazas principales, y en medio de ellas se ponen á chasquear con hondas, haciendo grandes y continuados estruendos y estallidos. A la bataola concurren los muchachos y gente poco experimentada; y quando es ya grande el concurso, comienzan á clamar: *Aláh, Aláh, Aláh, Hebher, El hemdú, Lilahí, Lailáh, Ikelach*, y otras muchas palabras con tan extraña lengua, visages y gestos, que tienen embobados á todos los circunstantes. Sacan luego

y enseñan al simple concurso alguna cadenas y hierros con que dicen estaban amarrados, y pudiéron escápar de las galeras de los Turcos milagrosamente. Dicen que durante su largo cautiverio recibian diariamente gran número de palos por mano de los mas bárbaros y crueles Moros, enemigos de la fe de Jesu-christo; y descubriendo sus carnes, muestran algunas señales que con artificio hiciéron ántes en sus cuerpos. Dicen además que en la esclavitud comian el pan sumamente duro y mohoso, vizcocho de galera mas negro que tierra, y bebian agua corrompida y gusanienta. Cantan una larga cancion que ellos se han compuesto, y es muy triste, melancólica y compasiva. Juran y perjuran con terribles imprecaciones que han estado encerrados en estrechísimas y húmedas mazmorras adonde jamas entraba la luz del dia: que no comiéron pan en todo aquel tiempo, ni ménos gustáron el vino; pero que sin embargo

por beneficio y gracia de Jesu-christo pudiéron escapar con vida. Estas y otras muchas cosas me acuerdo haberles oido yo mismo siendo muchacho; y aun se me acuerda que fingian una larga serie de ceremonias, que decian hacen los Mahometanos en sus brindis quando beben vino en sus convites: cosas que yo me las creia todas sin excepcion alguna quando carecia de experiencia, é ignoraba que los Mahometanos tienen prohibido el vino.

Dicen además, que han estado casi dos años atados estrechamente entre dos tablas pasando la vida mas miserable; pero con todo eso, á pesar de tantos y tales trabajos y calamidades, nunca han negado á nuestro Salvador ni á su Santísima Madre, de quienes obtuviéron la libertad deseada. Casi todas estas cosas son verdaderas, segun ellos se las interpretan; pero el pueblo sencillo no las entiende. Explícanse de esta manera: el tiempo que dicen haber estado presos sin ver

la luz, sin comer pan, ni beber vino, es el de nueve meses que estuviéron encerrados en el vientre de sus madres como en una cárcel, cosa que pueden muy bien afirmar con juramento no sólo ellos, sino todos los hombres. Es tambien cierto que han sido atados estrechísimamente cerca de dos años, á saber, con las faxas y pañales: metidos entre dos tablas, que es la cuna; y mantenidos con poco alimento, que es la leche que mamáron. Con esta invencion dicen están libres de mentir y de tantos juramentos como hacen.

CAPITULO VIII.

De los Afarfantes.

Los Afarfantes, ó segun su verdadero nombre, Forfantes, se llaman así del verbo latino *for*, *faris*, que significa *hablar*, porque abundan de charlas y verbosidad sobre los otros Bian-

tes. Fingen milagros: dicen haber cometido graves y enormes pecados; pero que han sido justísimamente castigados por Dios con largas y penosas enfermedades; y que despues de haber hecho voto de andar por el mundo publicando la justicia y la misericordia de Dios para con ellos, han sido libres de todo. Castigan su cuerpo dándose con pequeñas cadenas de hierro, ó bien fingen darse. Golpean su pecho con una piedra, y publican que deben andar por todo el mundo haciendo pública penitencia. Primero se dan con azotes ó látigos armados en los extremos con ciertas bolitas de puntas menudísimas y cortas, con las quales atraviesan el cutis. Luego tiñendo las espaldas con sangre agena, ó con algun color carmesí, se hacen aquellas grandísimas llagas con tal arte, que parecen estan medio desolladas, aunque no tienen daño alguno.

Sucedió años atrás, que habiendo unos Biantes comprado ciertas paten-

tes ó licencias de ir qüestando para unos hospitales y otros lugares pios que ellos se habian inventado, segun acostumbran, como fuese poco el lucro que les quedaba, se fuéron á su Prefecto y Xefe (hombre de grande autoridad entre los Biantes, y maestro en sus artificios) á fin de que los aconsejase, y les dixese lo que debian hacer en aquel lance. Este, considerando bien el ingenio de los tales, les dixo que por entónces necesitaba atender á otros; pero los repartió y agregó á diferentes sectas de Biantes, segun conoció que podrian salir aprovechados. A uno de estos, pues, llamado Jorge, natural de Camerino, grandísimo charlatan, lo agregó á la secta de los Afarfantes, y sacando por suertes el Lugar donde habia de exercitar su infame comercio, le tocó la misma ciudad de Camerino; pero el infeliz no tenia valor para practicar arte tan peligrosa en su misma patria donde todos lo conocian. A esto

le dixo el Prefecto : *No tengas que afligirte , amigo Jorge , pues ántes esta es para tí una gran fortuna , como verás.*

Piensa y repiensa Jorge : discurre en ello ; y quando ya el demonio le habia sugerido , llamó á otro de los mismos Afarfantes , y le dixo : *Si tú eres hombre que sabes ayudar mis intentos , te aseguro una larga recompensa.* Respondió el Afarfante , *que le mandase lo que quisiese , y veria la puntualidad y destreza con que seria obedecido.* Informóle Jorge de quanto pensaba hacer , y le instruyó en lo que él debia practicar , y aun decir , y luego se encaminaron ambos á Camerino. En un lugar ya cercano á la ciudad mandó Jorge hacer un carreton de madera , y metiéndose en él casi tendido á la larga , se llenó las piernas , brazos y otras partes de su cuerpo de faxaduras , trapajos y bendages , con varias llagas supuestas , y transformado de modo , que ni aun el diablo le hubiera conocido. Colocado así en su

carreton nuestro Jorge, hizo que el compañero lo conduxese poco á poco hasta la ciudad, y lo llevase á la Iglesia mayor. Hecho esto, mandó lo situase en la capilla de San Venancio, que está bastante obscura, y comenzó á decir algunas palabras lastimosas y compasivas pidiendo limosna, y manifestando la miseria y necesidad en que se hallaba. Quando concluia Jorge, comenzaba el compañero á desplegar su fecundísima lengua, y despues de mil embrollos, concluyó diciendo: *que el pobre que en aquel carreton yacia enfermo, era el mayor Santo que habia venido al mundo despues de los Apostéles; pues con sus oraciones le habia sanado de una asquerosísima lepra que habia padecido por espacio de veinte y seis años. Que tenia espíritu profético, y sabia no solo las cosas pasadas, sino tambien las venideras*; añadiendo á estas un extraordinario número de mentiras aun mas bien pintadas de lo que pudiera esperar su maestro Jorge. Y

finalmente le daba el nombre *del Beato Tomas de Afarfante.*

Las simples mugeres y demas pueblo ignorante y sencillo, con su poca experiencia y ninguna malicia comenzáron á dar crédito á las palabras de aquel bribon, trayéndole algunas limosnas, y entrando á comunicar con Jorge varias cosas que les importaban. El, que conocia á todos, y de nadie era conocido, les decia muchas cosas ya pasadas, y aun se arriesgaba á las venideras; y gobernándose con mucha cautela, anunciaba una ú otra cosa que tuviese verosimilitud. Así con dulces y suaves razones á todos dexaba consolados, y aumentaba mucho su fama y opinion para el vulgo. Entre las muchísimas mugeres que concurrian á todas horas á verlo y consultarlo anduvo tambien su muger, llamada Jacoba, deseosa de saber qué era de Jorge su marido. Respondióla él con palabras graves y mesuradas, diciendo: *Sábete, muger, que tu marido*

está bueno y sano, y dentro de breve tiempo volverá á casa con mucho dinero. Sábete tambien, que quando Jorge tu marido partió de casa escondió quatro escudos en un pequeño agujero del aposento sobre la mano derecha de la cama, y junto á ella, con intento de dártelos, para que en su ausencia te socorrieses; pero se olvidó de ello al punto de la marcha. Vuelve, pues, á tu casa, y busca ese dinero; porque si mis muchos y enormes pecados no me han hecho indigno de la gracia del Espíritu Santo, no dexarás de hallar lo que te digo.

Cada momento le parecia á Jacoba un año para ir á coger aquel dinero, como que padecia la mayor miseria. Llegó á su casa, buscó y halló los quatro escudos en el propio lugar que habia señalado el pícaron de su marido; y fue tanto su contento, que salió corriendo por las calles, plazas, lavaderos, vecindario &c. publicando la profecía de aquel falso profeta. Creció con esto tanto su autoridad, esti-

macion y respeto, y fué tan grande el concurso de gentes que corriéron á ver al embustero, que hubiéron de poner guardias que detuviesen la multitud, y no le derribasen y oprimiesen. Aun se tenia por dichoso el que podia tocarlo en su ropa, ó bien solo verlo y encomendarse á sus oraciones. El dinero, ropa, comidas y otras cosas que les diéron en poco tiempo fué tanto, que ni aun sabian donde guardarlo. Quando el bribon de Jorge se vió ya bastante rico, segun su estado, sin esperar á que la fortuna diese á su rueda algun giro contrario, una noche que buscáron á propósito él y su compañero trasportáron á otro lugar quanto habian cogido. Mudáron vestido y nombre; despidió Jorge al compañero despues de bien regalado, y volvió á su casa con caudal bastante para pasar holgadamente toda su vida; pero no permitió Dios que fuese larga, pues murió dentro de muy poco tiempo.

A vista de estos y semejantes engaños nadie se debe maravillar que la Santa Sede ponga tanta diligencia en la canonizacion de los Santos al formar los procesos acerca de la vida, virtudes y milagros (lo que algunos con poca reflexion creen superfluo) diciendo que el pueblo puede canonizar ó declarar Santos á los que tiene por tales; pues al ver tantos hipócritas y falsos devotos que procuran ser tenidos por virtuosos y santos, no contenta la Curia Romana con el dicho de uno ú otro testigo, por mas fidedigno que sea, recibe muchísimas declaraciones muy circunstanciadas, hace diferentes procesos, y aun espera cierto número de milagros obrados á intercesion del mismo que ha de ser canonizado. Por esto San Martin, Obispo, hizo desenterrar y quemar el cuerpo de un ladron que el vulgo tenia en opinion de Santo.

Conocí de trato á dos paisanos mios, llamados Eugenio y Francisco

de N., los quales, habiendo sufrido cierta persecucion, y quedado muy pobres, como no supiesen qué camino tomar para procurarse el alimento, determinaron vestirse pobrísimamente, y hacerse Afarfantes, puesto que eran bastante fecundos de lengua. El uno se fingió ciego (que lo sabia imitar lindamente) se faxó y vendó las piernas á manera de leproso: el otro lo guiaba y conducia por ciudades y pueblos con título de hermano. Tocaba el ciego muy bien la guitarra, y cantaban ambos oraciones, xácaras, romances, y otras mil cosas, unas que ya sabian, y otras que por necesidad fuéron estudiando y aprendiendo. De esta manera anduviéron errantes mas de dos años; y no solo se mantuviéron muy bien, sino que todavía recogieron y ahuchárón bastante dinero: cosa que parece dificil de creer, no obstante que es certísima. Con este arbitrio evitaron el peligro que en su lugar les amenazaba por parte de sus

enemigos, dando tiempo al tiempo, miéntras se ajustaban las diferencias y enemistades suscitadas. De nadie fuéron conocidos andando por el mundo con sus vestidos andrajosos, barba crecida, y otras trasformaciones que les procuró su industria; y aun recibiéron limosna de uno de sus mismos contrarios que viéron en cierta ciudad léjos de su patria. Finalmente, compuestas las cosas, y restituidos á su casa, tuviéron mil veces tentacion de volver al exercicio vagabundo, como á tan fructífero, divertido y libre.

En la ciudad de Narni hubo uno de estos Afarfantes, que contorcia y doblaba de tal modo sus piernas y brazos, y se sabia fingir estropeado, que á no haber sido descubierta la impostura en lugar y tiempo en que ménos él pensaba, hubiera sido muy dificil de creer, ni aun imaginar, que no lo estuviese realmente. Despues que este embuidor hubo recogido buena suma de dinero, salió de Narni para Roma; y

farfante no le diesen aquellos caminantes limosna de otra especie de la que pedia, echó á correr como un gamo camino adelante; sí bien no pudo librarse del todo, pues todavía le siguiéron algunos, le alcanzáron, y le diéron algunos cachetes, tirándole además algunas piedras á lo léjos.

Tambien hemos visto mudos que al son del palo recobráron el habla: cojos, que con ungüento de bosque han aprendido á correr mas que las liebres: sordos, que con zumo de encina y roble han oido admirablemente; y ciegos que con la misma medicina han visto las estrellas en el medio dia.

CAPITULO IX.

De los *Acapones*.

Estos, con ceniza de plumas quemadas, sangre de liebre, y algunas otras cosas que ellos saben, se forman grandes y asquerosas llagas en las piernas; pero todas aparentes. Otros con vid alba, yerba arón, y con zumos de otras plantas venenosas, ulceran de tal modo sus piernas, que parece tienen fuego de San Antón, ó el mal que llaman Loba. Si ciertamente padeciesen estos males, como dicen ellos, sobreponiendo á las llagas un capon abierto, se haria resistencia á su progreso, para que no acabase de consumir las partes sanas tan en breve, entreteniendo aquel pestífero mal con la carne fresca del capon sobrepuesto. Siendo, pues, necesario emplear un capon, cada dia en la cura del mal, como dicen (si acaso es cierta esta medicina), lo van pidiendo de li-

mosna por amor de Dios. Si las personas piadosas les dan algunos capones, se los comen (ántes que se les pongan flacos) estos golosos, y con ellos restauran sus miembros, y consuelan sus estómagos á la salud de los simples que los creen. De estos capones que se comen han tomado el nombre de *Acapones*; pero del dinero que para comprarlos recogen, no los compran por cierto, sino que lo ahuchan.

Uno de esta secta, que se llamaba Mufato, y era peritísimo en el arte, se dexó ver años atras en Viterbo á las puertas de las Iglesias, y por las calles públicas con las piernas tan hinchadas, llagadas y despedazadas con zumos de yerbas venenosas y cáusticas, que causaba horror, y movia á compasion á quantos lo miraban. No pedia limosna, porque aun ántes que la pidiera se la daban las gentes al ver aquel asqueroso mal: solo decia á los circunstantes *tuviesen compasion, y se condoliesen de tanta miseria, y de*

sus extremos dolores, exhortándolos á rogar con él á San Antan lo librase de tal enfermedad; y prometia, si sanaba, visitar su Iglesia, y ofrecerle una pierna de plata tan grande como la suya en perpetua memoria, testimonio y reconocimiento de la gracia obtenida.

Sucedió, que pasado algun tiempo, como le pareciese ya hora de sanar, y de andar á recoger la plata para el voto, sobrepuso al mal de su pierna zumos, cocimientos y extractos de otras yerbas contrarias á las primeras (que estos bribones conocen muy bien), y en pocos dias fué volviendo la pierna á su primitivo y natural estado. Corrió despues la ciudad de casa en casa, diciendo á todos, que á sus oraciones debia la sanidad que habia logrado; y enseñando á todos la pierna ya casi sana, les pedia cositas de plata vieja, dinero, y toda especie de limosna, para con ello hacer la pierna prometida, y ponerla en el altar del Santo. Los Viterbienses, conocién-

dolo por aquel miserable que con tan hediondas llagas mostraba padecer un mal incurable, sino por milagro, le daban la enhorabuena de la salud recobrada, y lo colmaban de larguísimas limosnas para él, y para cumplir la promesa, alabando y venerando mucho la intercesion de San Antonio. No hubo persona, por pobre que fuese, que no le acudiese con algo. Así recogió tanto, que hubiera podido hacer una estatua de plata, quanto mas una pierna; lo qual le sirvió para vivir despues en otro pais bien distante de Viterbo, de donde era. Que se dió buena vida, bien lo sabe él: yo, y todo Viterbo solo sabemos que San Anton se quedó sin pierna de plata, aunque no pudo quejarse, pues no intervino en la cura de la pierna del Acapon embustero.

CAPITULO X.

De los Lagrimantes.

Toman este nombre de las lágrimas, por ser estos de tal naturaleza, que á todas horas las tienen prevenidas para derramarlas, especialmente quando hay gentes que lo vean. No piden limosna, y solo llevan alargadas y extendidas las manos para coger quanto les dieren. Uno de ellos, llamado Nicolas, andando así llorando por Roma, llegó á juntar una muy considerable suma de dinero; y ausentándose de allí, fué visto en Espoleto sin llorar mas, y con los ojos bien enxutos; ántes se reia mucho de quienes le habian dado limosna, con la qual comia y bebia sin trabajar.

CAPITULO XI.

De los Asciones ó Aturdidos.

Asçion significa *sin sentido ó conocimiento*. Los de esta secta se fingen tontos, necios, y aun mudos. Tampoco piden limosna con palabras, sino que dando voces mal articuladas con la boca torcida y ojos atravesados, alargan las manos, y hacen varios gestos y movimientos, mostrando que quieren les den limosna, y agarran lo que se les da.

Un Ceretano, llamado Escañosa, tomó años atrás por compañero un vecino suyo tan pobre de bienes, como tonto y sencillo; y pegándole las pestañas con pez griega, lo conducia por el mundo hecho su destron, y pidiendo limosna para aquel á quien guiaba, que era sordo, mudo, y falto de juicio y razon, nacido tal del vientre de su madre. Habiendo ido á

la villa de Sassoferrato, como girasen sus calles pidiendo limosna, llegáron á la puerta de una casa en qué habia bodas. Comenzó luego Escañosa su acostumbrado clamor y cantinela, diciendo: *al ciego, señores, al sordo, al mudo, al insensato, &c.* Concurriéron á estas voces muchas mugeres, y le preguntáron las condiciones del pobre ciego, el modo con que habia quedado sin vista, y si realmente habia nacido ciego, ó cegado despues por accidente. Miéntras Escañosa respondia, y afirmaba habia nacido ciego y falto de todos los sentidos, excepto el del tacto, con otros mil embustes, por el lado opuesto otras mugeres hiciéron al ciego las mismas preguntas, el qual olvidado de las instrucciones de Escañosa, se le escapáron estas palabras: *To bien veria, si no tuviese los ojos pegados con pez.* Volvióse en el instante Escañosa, y viendo que el compañero hablaba con las mugeres, y habia confesado el engaño, cono-

ciéndose descubierto, escapó ligeramente, y sin aguardar á que viniesen los hombres, y le conjurasen con alguna tranca. Llevóse consigo tambien al falso ciego, y lo conduxo á cierto despeñadero, para que dexándolo allí sin guia, se precipitase él mismo en pena de haber descubierto el engaño; y así sucedió.

CAPITULO XII.

De los Acayentes.

Llámanse así del verbo *caer*, porque fingen caerse en el suelo acometidos de mal de corazon. No lo hacen sino quando ven gentes, para tener á quien causar compasion, y pedir limosna.

En el palacio del Duque de Urbino entró cierto dia uno de estos (cuyo nombre no pude averiguar) con la esperanza de buena colecta, pero no le salió muy bien; pues dexándose

caer de improviso supinamente en el suelo, sin advertir ántes, como debiera, el mal parage donde caia, dió con la cabeza contra un canto, se la quebró, y derramó tal copia de sangre, que estuvo en peligro de muerte. *No todas las bolas salen redondas*, dice el adagio.

CAPITULO XIII.

De los Cañabaldos ó Cambaldos.

Toman este nombre del *cambio ó trueque*, y de *Baldo Fuerte*, natural de Augubio, que fué el primero á quien engañáron estos Ceretanos.

Andan por el mundo trocando perlas, anillos, collares y demas perlas falsas por otras legítimas, para lo qual dexan primero ver las buenas, y luego las esconden con destreza, dando las falsas.

No ha mucho tiempo que un cierto Andres de N. haciendo dos saqui-

llos de una tela misma, cosidos de un mismo modo, y en todo semejantes, llenó el uno de heno menudo y blando, y cosiéndolo bien por la boca, se fué á una lonja en la ciudad de Perosa donde se hallaba, y dixo queria un poco de azafran. Ajustado el precio con el longista, le dió Andres el saquillo vacío, para que pesándolo ántes, lo llenase de azafran, y pesado segunda vez despues de lleno, lo cosiese. Hecho todo esto, sacó la bolsa para pagar, y juntamente metió el saquillo del azafran en la faltriquera de la casaca. Todas las monedas que llevaba eran extrangeras; y como el longista no las quisiese recibir por el valor que Andres pretendia, asegurando que por tanto las habia él tomado (que ciertamente era excesivo) tomó nuestro Micer Andres muy diestramente el saquillo del heno, y dexándolo sobre el mostrador con un escudo de oro, dixo al longista: *guarde vmd. el azafran y este escudo miéntras que voy*

al Banco y trueco estas monedas ; pues estoy bien seguro de que no perderé tanto como con vmd. , que no las quiere por lo mismo que á mí me las han dado : vmd. verá como el Banquero me dará algo mas. Con esto partió el buen Micer Andres para no volver. El longista , despues de haberlo esperado algunas horas , y aun ocho dias , quiso volver el azafran al vaso de donde lo habia sacado para que no se deteriorase ; pero lo halló convertido en heno (1).

Estas sí que son transformaciones, no las de Ovidio ; el qual si hubiera tenido noticia de los Cañabaldos , no hay duda que entre tantos disparates, tan elegantes , quanto imposibles , como nos ha dexado , hubiera metido tambien estas transformaciones Cañabaldescas mucho mas creibles y verdaderas.

(1) *Se debe advertir que en Italia vale el azafran tres ó quatro veces doblado precio que en España.*

Pero vaya otro caso sucedido en una principalísima ciudad de Italia. Fingióse un Cañabaldo ser Mayordomo de cierto Príncipe, que á la sazon estaba en la ciudad misma, y celebraba suntuosos convites, y se fué á una muy rica lonja con algunos compañeros vestidos de una misma librea, como si fueran lacayos, diciendo queria comprar azucar, especias, y otras cosas en gran cantidad. Sacó una grande bolsa, al parecer, llena de escudos, y la dexó sobre el mostrador, dando con ella un buen golpe para hacer oir el ruido, y aun hizo de modo que se viesen tambien algunas monedas de oro. Mandó sacar al punto quanta canela le pareció conveniente: hízose el precio, pesóse, y la entregó á los criados que la llevasen á casa; y escribian las partidas de peso y precio el longista y el Cañabaldo separadamente en sendos papeles. Lo mismo executó con los clavos, pimienta, nuez moscada, azafran, turrones, jaleas, con-

servas de todas clases, confites, confituras, dulce seco, y otras muchas cosas que en aquella lonja habia. Llegados por fin á cuentas, sumó cada uno las partidas que habia sentado en su papel; pero el Cañabaldo nunca sacaba el total conforme con el del longista, poniendo dificultades, ahora en el peso, ahora en el precio, ahora en la suma de todo. Estando en esto, he aquí que aparece á la puerta de la lonja uno de los compañeros disfrazado como caballero y hombre de honor; con su espada en la cinta; y entrando en la la misma lonja, dixô al Cañabaldo comprador algunas palabras injuriosímas en tono de muy agraviado. Respondióle el Cañabaldo con un mentís, y otras apariencias de hombre de prendas; pero el otro lo desafió, diciendo saliese de la lonja adonde no le valiesen asilos, y que sacase la espada. Esforzábase el longista á poner paz, y decir al desafiante anduviese su camino, y le dexase hacer sus cuentas con

aquel Mayordomo del Príncipe N.; pues concluidas éstas, podrian ellos ajustar las suyas. Confesó el desafiante que era tal Mayordomo, segun decia; pero repetia las injurias de cada vez con mas vehemencia, de modo que dixo el desafiado: *Amigo, esperad un poco, que quiero castigar la insolencia de este hombre que me insulta: guardadme esta bolsa, y mirad que nadie la toque de su mano miéntras vuelvo. Andad seguro*, respondió el mercader, *que yo os la guardaré con cuidado.* Saliéronse los dos de la lonja, y echando mano á las espadas, se tiráron algunas estocadas con denuedo y apariencia muy bien reparadas de ambas partes; pero retirándose siempre el falso Mayordomo poco á poco hácia el esquinazo de la calle, esgrimiendo su espada con destreza, y reparando los golpes del contrario. Habiéndose juntado gentes, y aplicádose á apaciguarlos, se aprovechó de la ocasion, y envaynando su espada, puso pies en polvoro-

sa, y escapó por el atajo. Lo mismo hizo el compañero, afufándolas por otra callejuela. Esperaba el longista el fin de aquella fiesta, y que volviese el señor Mayordomo á finalizar sus cuentas, ó quizás para ponerle algunas cataplasmas á las heridas que traxese, pero no parecia. Aguardó una gran pieza; y aunque no venia, con todo no se atrevia á tocar la bolsa que le habia dexado. Finalmente, entrado en sospecha, se determinó de abrir la bolsa delante de algunas personas que allí estaban, y hallaron encima algunas monedas gruesas de plata; pero debaxo era todo calderilla del país, esto es: *torneses*, *granos*, *caballos*, *&c.* (1). De manera, que todo no llegaba á quinientos reales. Con ello se hubo de

(1) *De aquí se deduce que el caso sucedió en Nápoles, pues la moneda aquí nombrada es Napolitana. El* tornese *vale unos seis maravedís de Castilla; y un* caballo *es la sexta parte del* tornese, *y la duodécima del* grano.

contentar por mas de quinientos escudos que importaban los géneros llevados por el Cañabaldo, como se dixo; quedando el pobre mercader por algunos dias como aturdido de lo que le pasaba. Todo el mundo abra tanto ojo; y si no se conocen las personas, informarse primero con cautela, y no dexar salir de la tienda género ninguno sin estar pagado legítimamente y sin fraude.

Otros muchos casos como este suceden cada dia; y pudiéramos referir algunos, v. g. los que vemos en los galeotes (que tienen lugar distinguido en esta Congregacion); pero como estos pueden saberse á expensas propias comprando lo que venden; y por otra parte solo pretendemos tratar de los Biantes y Ceretanos con sus sectas subalternas; y no de los demas ladrones, seguirémos nuestro discurso en las otras clases de pícaros.

CAPITULO XIV.

De los Mutuantes ó Prestadores.

Llámanse así de los préstamos que hacen con la esperanza del logro futuro; y aunque dicen con alegre rostro *que Dios manda prestar y dar mutuo, sin esperar retribucion alguna en este mundo*, todavía ellos la esperan, y desean en su corazon sacar mucha ventaja.

Tenemos el exemplo de estos en cierto Gobernador de Casia, el qual para enriquecer en aquel país árido y esteril halló la idea de dar salvo conducto á quantos debian algo á su persona, ó al fisco, por pena, ó por otra causa. Fuese verdadera, fuese falsa la propuesta, nada le importaba con tal que hiciese su negocio, mostrando tener piedad de los pobres, y que no queria anduviesen vagos por miedo de la deuda en abandono de sus fami-

lias. De este modo iba componiendo y ajustando lo que le podrian dar por entónces; y á fuerza de caricias y buenas palabras sacaba lo que podia. Pero por quanto casi todos eran pobres, y no podian pagar de una vez, les dexaba lo restante por via de préstamo, con la obligacion de pagarlo todo dentro de un cierto plazo, ya dado, ya elegido. Llegado éste, traian el dinero; y por no parecer ingratos al beneficio recibido con esperarlos, traian tambien diferentes regalos á su liberal Gobernador. Era este muy astuto; y por no parecer usurero, los enviaba á su muger, la qual, como verdadera Levantina que era, los acogia con mucho amor, les daba el bien venido, alguna cosilla de comer para echar un sorbo; y luego les preguntaba qué era lo que habian traido de bueno, y qué querian de ella. Respondiendo ellos que habian venido á pagar cierto dinero que el señor Gobernador su marido les habia prestado, lo cobra-

ba ella en su nombre, y juntamente el regalo, ó por mejor decir, la usura del préstamo supuesto. Y por quanto era muger de buen aspecto, y no carecia de lengua, pedia además para sí alguna cosita si querian traerla en atencion á la gran cortesía que con ellos habian usado su marido y ella. Creyéndose obligados aquellos simples hombres por una gota de vino, la daban y ofrecian frutas de sus campos y azafran (que allí es cosecha) con otras cosas á sus tiempos y sazones, lo que ella sabia recibir con tanta sagacidad y modo, que todavía creian les hacia gran favor en tomarlo. Finalmente, por no dilatarnos, se sabe que con esta idea recogiéron hasta quatrocientas libras de azafran: cosa que ni Jorge Cambaldo, ni otro usurero lo hubiera conseguido en tan poco tiempo como el de tres años. Véase aquí quánto vale el ingenio y la cortesía aun para rapiñar dinero y regalos de manos inexpertas.

CAPITULO XV.

De los Atemblantes.

Dáseles este nombre del temblor que muestran, fingiéndose paralíticos y temblantes. Nunca, esperando la limosna, tienen quieta la mano ú el sombrero, pero en agarrar y guardar lo que recogen la tienen bien firme y sin temblores.

Uno de estos hubo en la ciudad de Castelo, el qual, despues de andar temblando todo el dia, y cogiendo muchas limosnas, se divertia de noche jugando á los dados; pero habiendo sido descubierto y acusado, fué puesto en las cárceles públicas, confesó sus picardías, y lo condenó la Justicia á pena de azotes y destierro. Esta es la ganancia y paradero de embuidores.

CAPITULO XVI.

De los Admirantes.

Toman estos nombres de los milagros y casos maravillosos que refieren, la mayor parte de los quales ó son falsos, ó van envueltos entre falsedades. Dicen que en tal y tal ciudad ó pueblo (que siempre es lugar distante) la imágen de nuestra Señora la Virgen María, la de cierto Crucifixo, la de tal Santo ha llorado, ha sudado, ha hablado, extendido el brazo, inclinado la cabeza, &c.; y que por esto se ha sacado estampa de la imágen misma. Así la van vendiendo á las gentes piadosas, y narran de ella muchos milagros, v. g. que un ahorcado cobró vida prodigiosamente no mas de por llevarla en su seno, con otros de esta clase. Dicen tambien que en su patria hay un templo dedicado á San Leonardo, en el qual llueve de continuo, sea verano ó invier-

no, esté sereno el cielo ó nublado; y que el techo es tan grande, que si por desgracia cayese, no lo podria restaurar todo el poder del mundo. Esto es cierto, y yo propio lo he visto, y lo puede ver qualquiera; pues junto á la Roca de Espoleto hay una sierra, llamada *Monte Luco*, llena de habitaciones de Ermitaños, á la raiz de la qual hay una cueva muy grande dedicada á San Leonardo, con su altar, y con diferentes pinturas y estatuas de Santos. Y por quanto pasa por junto á esta cueva el conducto de agua que va á la ciudad, se van filtrando por la tierra algunas gotas, y vienen á caer en la cueva, de modo que continuamente está goteando. Tampoco hay duda en que si el monte que sirve de techo á esta cueva cayese, no lo podria restituir á su estado todo el mundo. Con semejantes falacias é invenciones se van estos admirables embusteros procurando una vida divertida por el mundo libres del trabajo.

CAPITULO XVII.

De los Accónios.

En la primitiva Iglesia las imágenes de los Santos se llamaban *icones*; y á semejanza de este nombre se llaman Accónios los Biantes que las llevan pendientes del pecho quando viajan ó circulan por los pueblos y ciudades, dándolas á besar á los fieles. Las cuelgan á las puertas de los templos y en las calles, para que los que pasan den limosna, á quienes ellos llaman paxarillos de paso. Cantan algunas coplitas en honor de San Simon de Trento, las siete alegrías de la Vírgen, la oracion de nuestra Señora del Cármen ó de Constantinopla, y otras semejantes, segun las imágenes que traen, ó segun mas les acomoda y conviene.

Acuérdome haber visto algunos de estos Accónios en el hospicio de pasa-

geros que hay en Espoleto, de donde, habiéndose todos embriagado, y puéstose á jugar á los dados sobre las mismas imágenes que llevaban, fuéron conducidos á la cárcel; donde templáron con agua fria el calor de la borrachera; y les fuéron quitadas las imágenes para que no abusasen de tan venerables objetos. De estos andan por el mundo muchísimos que viven sin trabajar, y á expensas de las gentes sobradamente buenas.

CAPITULO XVIII.

De los Atarantados.

Fingen estos haber sido picados de unas arañas que nacen en el territorio de Taranto; y de ellas toman el nombre; y afirman haber caido en aquella enfermedad que los vuelve como locos. Agitan y mueven continuamente la cabeza: les tiemblan las rodillas: á qualquiera son que oigan,

cantan y baylan, mueven con mil visages los labios, rechinan los dientes, y hacen gestos de verdaderos locos. No piden limosna por sí mismos, sino que el compañero que los conduce, clamando por todas partes que aquel está atarantado, pide y recoge limosna para entrambos. ¡O ingenio! ¡ó hallazgo! ¡ó ardid desconocido en los siglos pasados!

Uno de estos llamado Cesar N. conducia por la Apulia á Jayme Tongo, amigo suyo, atado con dos largas cadenas que parecia un San Pedro. Poníase Tongo un poco de xabon en la boca, con lo qual echaba por ella gran copia de espuma y babas, como hacen los perros rabiosos. Decia Cesar que ambos eran naturales de Taranto; y que aquel miserable de las cadenas habia sido picado de aquellas malditas arañas, y efectivamente estaba atarantado, envenenado, y tan cruelmente rabioso, que apenas podia sujetarlo con tan largas cadenas;

y que quantas medicinas le habian aplicado no habian servido de otra cosa que de aumentarle el dolor y rabia. A estas palabras de Cesar acudian todos á ver á Jayme, y aquel rechinar y cruxir de dientes que hacia, los espumarajos de boca, los ojos y mirar terribles y espantosos, el temblor de todo el cuerpo, el rechino de las cadenas, los clamores de Cesar, que decia: *ayúdenme á tener esta cadena, que ahora se enfurece: guarda, guarda: cuidado no te muerda: guarda no te toque con aquella pestífera espuma, que si te toca, ya estás bien despachado, &c.*: traian innumerables gentes de todas clases, las limosnas llovidas eran tantas, que ya quisiera yo ganar tanto en un año con mis estudios, trabajo y aplicacion, como estos dos ladrones cogian en un mes con sus embustes.

CAPITULO XIX.

De los Azoqueteros.

Llámanse así de los zoquetes de pan que van buscando y recogiendo. Dan á entender que no beben vino, que aman la desnudez, y que nada mas desean que lo que basta para poder vivir. Solamente piden pan, y del que recogen se comen los zoquetes duros, y el bueno lo venden.

Un tal Estevan Esclavon, habiendo entrado en la secta de estos Azoqueteros (que es la mas extendida, porque abraza todas las naciones), y hallándose en los Estados del Duque de Urbino, mostraba huir mucho de la vida deliciosa, y pesquisaba el pan como perro famélico. Recogia mucho, y luego lo vendia á la gente pobre, que era mas digna de comerlo que él. Pero así tienen engañado el mundo estos embusteros, polillas de la hu-

manidad, que debieran ser bien exâminados, y hallada su culpa, sufrir el castigo competente.

CAPITULO XX.

De los Crugientes.

Tienen este nombre por los sacudimientos de sus miembros en tiempo frio, y por el rechino de sus dientes, con que dan á entender han contraido una frialdad extrema en sus huesos. Tambien estos, así como los Azoqueteros, dicen que aman mucho la desnudez y penuria por amor de Dios, lo qual es falsísimo, pues aman mucho mas el dinero, y la vida libre.

Uno de estos, llamado Figuino, apareció en un pueblo cerca de Fano, que se llama Cartoceto, y sabiendo que un tal Pedro Antonio natural de aquel lugar, hijo del Escribano, habia tres años que faltaba de casa de sus padres, y no habian tenido de él no-

ticia alguna, se encontró con el Escribano, y le dió nuevas de la salud del hijo, añadiendo, que por el gran valor y heroicidad que habia mostrado en una faccion de armas peligrosísima, en la qual habia ganado una gran victoria de los enemigos, el Rey Don Fernando lo habia hecho Capitan y Caballero de la espuela de oro; y que él habia sido el venturoso escudero que lo habia acompañado en la misma y otras jornadas. Luego que el padre oyó la buena nueva, se lo llevó á su casa, donde saludando á la madre y hermanas, repitió las mismas buenas noticias del hijo; y aun añadió, que en aquella batalla le habia tocado tanto botin y despojos, que habia quedado riquísimo. Asimismo, que habiendo hecho voto, quando estaba en el conflicto, de visitar por sí ó por otra persona la Iglesia de San Antonio de Padua, le habia enviado á él que era su mas fiel criado, para cumplirlo exâctamente; trayendo en nom-

bre suyo un donativo á la misma Iglesia, y cartas para sus padres y parientes acerca de sus adelantamientos; pero que en tan largos y dilatados caminos le habian los ladrones quitado quanto traia, y apénas habia salvado la vida á fuerza de plegarias; sin embargo de lo qual, como ya estaba cerca de Carticeto, no habia querido omitir aquella espiritual diligencia, y cumplir la promesa de su amo.

Al oir de boca del picaron Crugiente nuevas tan agradables, se alegráron en extremo todos los de aquella familia, y dando gracias á Dios por la buena fortuna de Pedro Antonio, previniéron una cena muy abundante para el embustero. A la novedad concurriéron allí los yernos, cuñados, tios, y otros parientes, con deseo de oir la relacion de boca del mismo que la traia; y él la repitió y corroboró de mil maneras, añadiendo siempre cosas verosímiles y bien meditadas ántes, á fin de que se traga-

sen mas y mas la zanahoria. Las mugeres apiadándose de ver al criado de su hijo, hermano ú pariente tan mal vestido por su causa, le diéron algunas camisas, el padre le dió un vestido, y los demas fuéron trayendo, quien calzones, quien medias, quien zapatos, y quien sombrero. El abuelo materno de Pedro Antonio le dió un ferreruelo muy bueno, sin embargo de que le hacia falta. De esta manera nuestro Figuino, despues de estar en la casa todo aquel dia y la noche siguiente, se fué bien vestido y regalado, prometiendo volver cumplido que hubiese la promesa; pero el ayre debió arrojarlo tan léjos, que nunca fué mas visto ni oido.

De allí á poco tiempo he aquí que el Pedro Antonio tan celebrado por Figuino volvió á Carticeto pobre, desnudo, medio enfermo no sé de qué males, estropeado de los caminos, y mas de la hambre, diciendo no traia consigo sino miserias y desdichas. Pen-

sad ahora cómo quedaria el pobre padre y demas personas de casa viéndose todos burlados del picaron Crugiente que les habia llevado tantas cosas. De esta y semejantes burlas acontecen cada dia, singularmente con cartas y recomendaciones falsas dadas á gentes incautas y sin experiencia de mundo. Abrir, abrir los ojos un palmo, y no fiar jamás de gente no conocida y sospechosa.

CAPITULO XXI.

De los Clerizontes.

Preséntanse estos delante de las gentes como si fueran Sacerdotes, vestidos con hábitos talares. A las charlas y á las fábulas que cuentan por las calles y plazas concurren gentes de todas clases como pudieran á ver el espectáculo mas divertido. Piden para los hospitales de San Antonio, de San Bartolomé de Benevento, para los le-

prosos de San Lázaro, para los incurables de Santiago en Roma, y para otros mil lugares pios de pobres enfermos. Sobre el manto llevan la insignia de los hospitales, que suele ser una figura de la caridad, ú otra: en la mano una campanilla para congregar al pueblo á oir sus embelecos, y moverlo á liberalidad. Traen colgada á la cintura una caxita de hoja de lata, en la qual llevan sus patentes (falsas ó verdaderas) sin las quales no pueden pedir.

Nardo y Tasca, dos de los mas principales de esta secta, que andaban por el mundo haciendo juegos de manos, y engañando las gentes, se pusiéron á pedir limosna en Monte Fieltro á unas criadas de cierto caballero, el qual les habia prohibido darla á semejantes vagabundos. Pero como estos son diestrisimos en engañar, y saben todas las artes de quitar lo ageno, á fuerza de exemplos y razones elegantemente dichas y ponderadas

persuadiéron á las simples mugeres á que para conservar las cosechas pendientes, y que no las destruyesen las tempestades, les diesen por amor de Dios algun pedazo de lienzo ú *tela* para ornamento del altar de San Anton en Viena. Tanto las supiéron decir y ponderar el mérito de aquella limosna, que aunque con alguna dificultad, obtuviéron finalmente lo que pedian. Partidos que fuéron del lugar, vino el amo á casa; y como supiese el caso, y que los páxaros habian ya volado, colérico y enfurecido echó á correr tras ellos, informado del camino que llevaban. Descubriólos de muy léjos, y comenzó á gritar, diciendo: *¡Ah bribones! ¡ah ladrones! ¡ah canalla! Deteneos, y volvedme la tela que con capa de virtud habeis robado de mi casa.* Luego que los Clerizontes se conociéron descubiertos, se sentáron sobre unas piedras como para esperar á aquel hombre que les corria detras, y trataba con tanta ignominia, y uno de

ellos picó diestramente el pedernal, y metió la yesca encendida entre los dobleces de la tela. Llegó por fin el dueño gritando, y regañándoles hubiesen engañado de aquel modo las mugeres, y sonsacádolas la ropa sin permiso suyo, añadiendo, que como no se la volviesen al punto, él la recobraria á fuerza de palos. Restituyéronle la tela en el instante los astutos Clerizontes sin resistencia, y solo le dixéron: *Dios nuestro Señor te vuelva en bien, y no te tome en cuenta esa tu indigna accion; pero ciertamente nosotros temémos en gran manera que San Anton (cuyo terrible poder no has temido) te la vuelva en mal, y con su ardiente fuego te abrase á tí y á todas tus cosas.* Esto dicho, siguiéron su camino adelante. Volvióse el hombre hácia su casa contento con su recobrada tela, y habiendo caminado alguna distancia comenzó á manifestarse el fuego que ya habia consumido gran parte de la tela referida en los dobleces interio-

res. Luego que lo advirtió, no obstante que se tenia por hombre astutísimo y desengañado, creyendo que sin duda alguna era el fuego de San Anton con que lo habian aquellos pícaros amenazado, y que airado el Santo lo venia á quemar vivo, pasmado, atónito y casi temblando volvió atrás en busca de los Clerizontes, los alcanzó; se arrojó á sus pies, y les pidió perdon del insulto que les habia hecho, rogándoles tambien que con sus oraciones aplacasen la ira del bendito Santo. Restituyóles lo que restaba de la ropa encendida para conseguir el perdon de su culpa: condúxoles á su casa, dióles muy bien de comer, y los cargó de dádivas, regalos y crecidas limosnas para reconciliarse con San Anton agraviado.

Salieronse de Monte-Fieltro muy contentos, y ostentándose íntegros y mesurados, se pasáron al territorio de Rimini. Hallaron junto á Corillano una vieja rica y muy necia, que tenia cien

bellísimas ovejas y otros ganados, y luego se ofrecieron á dar al ganado la bendicion de San Anton, persuadiéndola de que con ella lo tendria seguro de lobos por espacio de un año y tres dias, sin que en todo este tiempo pudiera ser tocado de fieras tan voraces, de modo que podia dexarlo en el monte sin pastor ni guardas, pues aquella solemnísima bendicion lo guardaria de todo daño, como les diese seis carneros en honor y gloria de San Anton. La buena muger que no tenia sino quatro, se los ofreció de buena gana, y habiéndolos ellos recibido, dieron la bendicion á las ovejas por estas palabras:

Que te las mufla Jacón
Por el cambio del Artón:
Jacón que te las transiegue
Sin que nadie á olerlo llegue.
Nunca el valle obscuro vean
Que luna y sol no pasean:
Ni algun gato raposino

Se las roze en desayuno.
Del padre en nombre é hijo de Seyano,
Y del excelso monte liso y llano.
Amen.

Dada sobre el rebaño esta ántes maldicion que bendicion, las afufáron con sus quatro carneros. La simple muger, muy creida en las palabras de los Clerizontes, dexaba neciamente que las ovejas anduviesen dia y noche por los montes y valles sin pastor, guarda ni perro. Ya se dexa ver quánto daño harian en las mieses y sembrados de los vecinos. Quejábanse estos á la tonta vieja por el daño recibido de su ganado, y les respondia, que no tocaba á ella el guardarle, sino á San Anton á quien le habia encargado, y á él debian acudir con las quejas. Pero lo mejor fué, que una noche en que los lobos iban buscando con que untar los dientes, diéron por el olfato con las ovejas descarriadas y sin custodia. Envistiéronlas á su salvo, esta quiero, esta no quiero, y degolláron poco ménos de cin-

cuenta. Venida la mañana se fué la vieja á buscar sus ovejas para ordeñarlas, y hallando el destrozo que habian padecido de los lobos, con dolorosos lamentos, lágrimas y sollozos se quejaba de San Antonio (mejor dixera de su tontuna) y de que no hubiese aprovechado la bendicion dada á su rebaño por boca de sus siervos, despues de haberlo regalado con quatro carneros; pero la convino tener paciencia, no sirviendo de nada las quejas. Pasado el año y los tres dias volviéron los gatos á la carne, y procurando diezmar algunos otros carneros, ofreciéron á la vieja su bendicion; pero ella ya con los ojos mas abiertos que ántes, los despidió diciendo: *Id enhoramala con vuestras bendiciones, pues con ellas se me han comido los lobos casi todo mi ganado.* A lo qual respondiéron ellos sin turbarse en nada: *Señora mia, si el lobo se ha comido tus ovejas, nosotros no tenemos la culpa, pues el lobo es animal muy obediente,*

y teme en sumo grado las bendiciones, huyendo de ellas como del fuego de San Anton. El daño ha estado en la naturaleza lupina, y la hambre y necesidad extrema que lo impelió, contra cuyos dos mortales enemigos no hay bendicion que valga, propia ó agena. Así burlaron la necia muger, y la dexáron desesperada y airada contra la hambre de los lobos que tal desastre la habia causado.

CAPITULO XXII.

De los Rebautizados.

Se denominan así del bautismo que reciben como por juego repetidas veces, profanando aquellas santísimas aguas, y no haciendo mas caso de ellas que hacen los ánades y patos. Fíngense Judíos de nacimiento y crianza, y que llegáron á ser riquísimos á fuerza de usuras exhorbitantes; pero que habiendo tenido visiones terribles,

milagros inauditos, y maravillas extraordinarias, inspirados de Dios han dexado quanto poseian, como verdaderos Apóstoles, por seguir la pobreza, imitando á Jesu-christo que se hizo pobre por nosotros. Bautízanse de nuevo en cada ciudad que hallan apropósito; y despues, además de lo que les dan los padrinos (que siempre son personas ricas), salen al rebusco de quanto pueden agarrar, y les dan los fieles, con lo qual acopian buenos caudales.

Un tal Faccio, Ceretano, ha tiempo que andando tunando por el Estado Papal con algunos compañeros, y no habiendo en muchas semanas hecho la colecta que se habia prometido, mudando de estilo, se fué á Sicilia, y fingió ser Judío él y sus camaradas. De Sicilia pasó á Calabria, y de esta á la Apulia. A cada ciudad adonde llegaban predicaban que venian de Roma, y otros santos lugares de la christiandad, y que la multitud de

milagros y portentos que habian visto y experimentado los forzaba á entrar en la ley de Jesu-christo, y bautizarse. De esta suerte iban aquellos sacrílegos profanando el santo Sacramento del Bautismo, con lo qual cogiéron tanto dinero de limosnas, que ni en diez tunas ordinarias lo hubieran igualado. Pero ya permite Dios que estos y semejantes malvados sean descubiertos y castigados, segun merecen sus detestables iniquidades y delitos.

CAPITULO XXIII.

De los Falpadores, ó Maestros de las Artes.

Llámanse *Falpadores*, como si dixeramos *Falsos palpadores*, los quales hacen palpar ó tocar lo falso como á verdadero. No pudiendo ya estos por su vejez y debilidad de cuerpo andar bailando, se están en sus casas imitando á los maestros de Gramática, Re-

tórica, Dialéctica, y otras artes, instruyendo á los muchachos que hallan á propósito para la falpaduría, y enseñándoles las mas sutiles astucias que puedan imaginarse, con todas las costumbres, modos, vias y fórmulas de engañar al próximo incauto. ¡O ciencia profundísima, y profundísimamente arraygada, que ni por el transcurso de los tiempos, ni por ninguna de las humanas vicisitudes te perderás nunca! Merecias á la verdad, ser puesta entre las siete Artes liberales, y aunque te se diese, por la generalidad, la preferencia de todas.

Chamberlan, hombre celebérrimo, y cuya fama nunca se borrará de la memoria de los demas hombres, enseñando estas artes en Camerino, hacia ágiles y diestros á todos sus discípulos (que eran muchísimos) en toda suerte de engaños. Comunicaba cierto dia con uno de los antiguos Señores ó Duques de Camerino, el qual le preguntó si creia que po-

dria engañarle en alguna cosa, siendo como era práctico en las costumbres y artes de toda clase de pillos. Díxole Chamberlan que sí; y replicando el Duque que no, hiciéron finalmente apuesta, y depositáron cincuenta escudos cada uno para el que ganase la victoria dentro de seis meses. Tenia Chamberlan dos discípulos que sabian la lengua Alemana, y eran ingeniosísimos y diestros en todos los engaños. Instruyólos en las cosas necesarias; y vistiéndolos al uso Aleman los envió al palacio del Duque. Habláron con el Capitan de la guardia que era Tudesco, y le contáron con afluencia de palabras, y bien fingidas expresiones, como eran hijos del Príncipe de Sterlingonia; y que habiendo tenido una grandísima disension con su padre, habian podido huir de su indignacion y enojo, y pasaban á Roma disfrazados, á fin de que el Santo Padre interpusiese sus ruegos, y los reconciliase con su padre; pues

no lo habian podido conseguir, con la mediacion de algunos Príncipes y Señores de Alemania que lo habian solicitado. Enseñáron ademas diversas cartas de favor para varios personages de Roma: todo con tantas apariencias y señas de verdad induvitable, que el Capitan no puso en ello duda alguna, lo refirió puntualmente al Duque su amo, y llevó los dos jóvenes á su presencia. Mostraban ellos entender muy poco la lengua Italiana, y el Capitan les servia de intérprete; y despues de varias razones, movido el Duque á piedad, los convidó á comer en su compañía con otros Señores, tratándolos como á tales Príncipes. Al tiempo de partir les dió veinte escudos á cada uno, y caballos y criados que los acompañasen media jornada: con lo qual, dándole ellos las gracias, se despidiéron para su fingido viage. Llegáron á cierto lugar donde Chamberlan esperaba, y descubriendo el engaño á los criados,

volvió con ellos á palacio, y pidió al Duque los cien escudos depositados; pues por medio de sus discípulos le habia engañado, no siendo Alemanes estos, ni ménos hijos de ningun Príncipe de Sterlingonia, sino naturales de Monte-Santo, y discípulos suyos, instruidos por él en todo lo executado. Estaba presente el Capitan, y afirmaba que eran Tudescos, y que Chamberlan se engañaba; pero éste por el contrario decia era él quien habia sido engañado, pues eran de Monte-Santo sin falta alguna; de manera que el pobre Capitan se desesperaba y juraba que pondria su cabeza si era verdad lo que Chamberlan decia. Finalmente, para salir de la duda, obtenido del Duque el salvo conducto, hizo venir los dos jóvenes mismos, que habia mandado retirar á Tolentino, y hablando ellos en su lengua materna Italiana, declaráron quienes eran, y de qué lugar de Italia. Así, desengañado el Duque,

y no poco corrido de haber caido en la trampa, mandó dar el dinero pactado á Chamberlan: pero éste no lo quiso recibir, contentándose con haber conseguido la victoria en aquella disputa.

Preguntóle despues el Duque qué órden ó método tenia en adotrinar así á sus discípulos. A lo que respondió Chamberlan: *primero les hago aprender nuestro modo de hablar, astuto y desconocido de las gentes; despues el rito de predicar y toda suerte de charlatanería: luego los usos, modos y costumbres de todas las naciones y provincias que han de correr; y finalmente las grandes falacias y engañas singulares con que nuestros mayores cogiéron extraordinarias cantidades, á fin de que tambien ellos, descendientes suyos, los aprendan y practiquen, y aun inventen otros semejantes. Adotrinados en esta forma por espácio de tres años, salen de mi ferula á poner en uso y exercicio mis do-*

cumentos y sus estudios. De su enseñanza saco yo la utilidad y provecho que pudieran darme mis vias por el mundo (que ya los años me prohiben), pagándomela ellos, y regalándome muy cumplidamente.

CAPITULO XXIV.

De los Harineros.

Andan estos buscando harina y dicen *es para hacer hostias con que comulguen los fieles, y los Sacerdotes ofrezcan á Dios Padre el incruento sacrificio en las sagradas aras, por los vivos y difuntos.* Oyendo estas palabras y santas expresiones las personas pias, y deseando hacerse de algun modo participantes de aquellos sacrificios, les dan harina, casi siempre con demasiada liberalidad. Asi recogiéndola ellos de poco en poco, se ve á la noche haber en el saco una porcion

considerable. Algunas veces tambien dicen han de hacer de ella panes para bendecir el dia de San Benito, de San Nicolas de Tolentino, de San Dionisio y otras festividades, afirmando que aquel pan bendito en tales dias es remedio seguro para las mordeduras de perros rabiosos, y que para este fin se ha de distribuir al pueblo. Las gentes, á trueque de obtener despues un mendruguillo de aquel bendito pan, les dan harina en tanta copia que bastaria muchas veces á mantener una Comunidad entera. En la ciudad de Casia y lugares del contorno recogió uno de estos Harineros en un año hasta siete cargas de harina: así me lo refirió persona que pudo averiguarlo de cierto. En Monte Luco un año en que el trigo y harina valian baratos, sucedió que estos harineros llamados Angelo y Gerónimo, recogiéron en solo ocho dias tanta harina con el título de las hostias, que habiéndola vendido muy barata á un panadero,

sacáron doce escudos. Para que el pueblo no reparase que cogian demasiada, á cada rato iba uno de ellos á dexarla en cierta casa confidente, y volvia con su talego vacío á donde estaba el compañero para volver á llenarlo.

CAPITULO XXV.

De los Lampareros.

Corren estos los pueblos, villas, aldeas, cortijos &c. buscando aceyte para las lámparas que arden delante del Santísimo Sacramento, delante de las imágenes de la Virgen María y de los Santos; y suelen recogerlo en tanta cantidad, que les basta para todo el año en sus casas.

Me consta que en cierta Villa se pide cada año por el distrito aceyte para bendecir en el dia de San Blas, y y se recoge una porcion muy conside-

derable. Viene la fiesta del Santo, que se celebra en su Ermita; se llena de agua un gran cuenco; y se le hecha por encima un poco de aceyte en quanto quede cubierta el agua, con lo qual las gentes que concurren á que se les unte la garganta con aceyte bendito, lo consiguen con aceyte aguado, y al fin con agua sola. El resto del aceyte recogido sabe Dios adonde para; yo creo se vende, ó se emplea en utilidad de los que lo piden: de lo qual tenemos otros exemplares.

CAPITULO XXVI.

De los Reliquieros.

Faltan palabras con que reprender y vituperar esta maldita y sacrílega gente: gente sin conciencia, sin cristiandad, sin religion, y sin temor de la divina venganza. No contaremos de ella los muchos casos que sabemos, por no causar á los fieles

escándalo ni mal exemplo: lo que diremos podrá servir de norma para que nadie se fie de vagabundos y hombres sospechosos; ántes crea solamente lo que en esta parte nos propone la Santa Iglesia Católica, y sus sagrados ministros.

Toman los Reliquieros este nombre de las Reliquias de los Santos que dicen traen consigo: y si bien los Cánones sagrados ordenan que las reliquias de los Santos no se muestren ni lleven fuera de sus tecas ó relicarios, y que nadie dé á adorar Reliquias nuevas sin la aprobacion y Autentica Pontificia, estos sin embargo, no respetan ni obedecen las Leyes Canónicas en cosa alguna: antes bien llevan por el mundo Reliquias falsas, y acaso de hombres tan pecadores como ellos; huesos de animales, pedazos de maderas profanas, &c. á fin de recoger dinero; mostrándolas á los fieles, y haciendo las adoren y besen con suma reverencia; y aun vendiéndolas, ó tro-

cándolas por dinero, que viene á ser lo mismo.

Atentado fué digno del mas severo castigo el que executáron dos Reliquieros llamados Lucas y Cruciano. Estos malvados y sacrílegos hombres sacáron del cementerio un brazo de muerto, y disecándolo, se fuéron con él á la Ciudad de Senlís en Francia, la qual sabian ellos habia sido algun tiempo ántes afligida de la peste. Entráron en ella separadamente y por distintas puertas, ambos vestidos de ermitaños. Subiendo Lúcas un dia festivo sobre un poyo elevado que habia en la plaza mayor, despues de un arreglado y elegante razonamiento preparatorio (en que celebró mucho el poder y virtud de las sagradas Reliquias contra toda suerte de calamidades que merecemos por nuestras culpas) dixo á la muchedumbre que se habia congregado, *que traia consigo un brazo casi entero del valeroso atleta y mártir de Jesu-Christo*

San Sebastian; afirmando que quien lo besase y adorase con la disposicion debida, podia confiar estaria libre de peste todos los dias de su vida. Añadió tambien, *que por hallarse sumamente pobre no lo habia podido custodiar y componer de un buen relicario de plata ú oro como convenia á tan preciosa alhaja.* Asi, por el inestimable beneficio que les traia, y defensivo seguro contra qualquiera contagio que tambien el en su pátria habia padecido, y libradose por medio de aquella Reliquia) rogaba á los verdaderos devotos del Santo le socorriesen con medios para executarlo, con lo qual sabia seria Dios muy servido.

Estando Lucas en esto, salio Cruciano por otra parte de entre la gente, y encarándose con Lucas, comenzó su sermon diciendo con un ímpetu y elegancia maravillosa: *Guardaos, Señores, guardaos todos, os ruego de este y otros falsos profetas, los quales suelen venir á nosotros vestidos de mansas ove-*

jas, y dentro son lobos famélicos y rapaces: que vienen diciendo paz, paz, y no hay tal paz verdaderamente. Atendedme señores mios, oidme: éste que ahí os habla es sin duda un fingido y falso religioso: será quando mas algun Biante loquaz, embustero, falsario, impostor, maestro de errores, y acaso mas digno de la horca. El brazo que os ha dicho que trae ¿creeis por ventura es de San Sebastian como él afirma? No os persuadais de eso; pues un pobre infeliz como él es, ¿de dónde habia de poseer tan preciosa reliquia? Yo pienso será tomado de algun cementerio; si ya no es que lo haya cortado á algun ahorcado y malhechor facineroso. Lo que mas importa, señores, es encarcelarlo y darle tormentos; que él confesará sus iniquidades y el engaño que publica, y luégo debereis castigarlo severamente para escarmiento de embaidores. Estoy tan desengañado de estos vagabundos, y tan persuadido de que es verdad quanto

os digo, y mentira quanto el dice, que si no saliese asi, quiero que me queméis vivo.

Hasta aquí decia mucha verdad Cruciano; pero por lo que luego hizo merecia mil veces ser quemado. Hallábase el pueblo indeciso y dudoso acerca de lo que convendria hacer en aquel caso, y sobre á quién de los dos debia dar crédito, ó poner en manos de la Justicia; pero he aquí que Lucas se arrodilla sobre su apoyo, levanta ojos y manos al cielo como encomendado á Dios la defensa de su causa, y prorrumpe diciendo á todos *que rogasen con él al glorioso Santo mostrase en el momento su poder por medio de alguna señal de venganza en aquel hombre incrédulos é indevoto que así le ultrajaba en su reliquia.* Hecho esto, el bribon de Cruciano comenzó repentinamente á torcer los ojos y brazos, baxar la cabeza y fixarla sobre el pecho: dobló luego sus piernas hácia las nalgas, las rodillas hácia la

boca, mostrando haber contraido el mas horroroso estropeamiento, se dexó caer en tierra como un obillo en medio de la gente. Todos empezaron á clamar en grito, *milagro, milagro,* y alborotáronse tanto contra Cruciano, que Lucas trabajó mucho para sosegarlos. Pidió silencio; y callando todos habló en esta forma: *Sabed devotísimos oyentes, que Dios no quiere la muerte del pecador, sino su conversion y vida. Asi, ya que ántes le habeis rogado mostrase la gloria de sus Santos por medio de la maravilla que veis por vuestros ojos, rogadle tambien ahora que sane ese infeliz, para que luego os haga yo ver el gran poder de éste sacratísimo brazo.* Suspendióse allí mismo por un rato fingiendo hacer oracion: despues baxó al suelo, y con aquella asquerosa reliquia hizo la señal de la cruz sobre el malvado Cruciano. En breve comenzó éste á mover y abrir los ojos, extender los brazos y piernas, alzar la cabeza, y ha-

cer otros movimientos de su cuerpo, como que volvian todas sus coyunturas á recobrar el uso natural poco ántes interceptado, y se puso en pie. Confesó luego con gritos y lamentos su gravísimo pecado é incredulidad, el visible castigo de Dios en él obrado (que por sus inescrutables juicios no quiso realizar entonces) y prometió seguir á Lucas hasta su muerte, porque ya conocia era un gran siervo de Dios, y no de los embusteros que él habia creido.

Viérais en el instante toda aquella multitud de pueblo como fanática y alucinada traer y dar á Lucas dinero como agua, y muchísimas alhajilas de oro y plata para que pudiese presto colocar el santo brazo (así lo creian) en un ralicario rico y primoroso como merecia. Finalmente, habiendo en pocos dias recogido un gran peculio, se retiráron á Umbria para regalarse con él á la salud de los simples que se lo dióron: bien que para su

mayor perdicion, y acaso condenacion de sus almas, como adquirido sacrílega y abominablemente en oprobio y burla de los Santos, y abuso de la misericordia divina.

Otro Reliquiero Ceretano, llamado Facho, habiendo contraido amistad con un Sastre del territorio de Ferrara, y sacádole de pila un hijo, estando cenándose un ánade una noche de Agosto, puso Facho un huesecito del ánade á un cabo de la mesa. Viendo esto la muger del Sastre, le dixo: *¿Qué quieres hacer, compadre mio, con ese hueso que poneis ahí? ¿y para qué lo poneis?* A que respondió Facho: *Pasado mañana es la festividad de tal Santo, y quiero hacerlo ver al pueblo, y decirle que es reliquia del Santo mismo, refiriendo sus virtudes, y esforzaré las gentes á que vengan á besarlo y adorarlo, y aun á tí misma*: Rióse mucho la muger, y le dixo: *Sí, que soy tan tonta yo para que vos me hagais la mamola. A fe que no hay peligro de*

ello. ¿*A ver*? ¿*Mirad si iria yo á besar por reliquia de San N. el hueso de un ánade*? Afirmando Facho, y negando la muger, llegáron á las apuestas, y depositáron ambos en manos del marido el precio de un par de ánades para comérselos las tres compadres. Como la muger ignoraba que Facho era Reliquiero, y no podia imaginar cómo pudiese executarse aquel negocio, solo decia consigo misma: *Yo no lo besaré: ¿cómo podrá él hacer que yo lo bese si no quiero*? Vino finalmente el dia de la fiesta, y concurriendo todo el pueblo á la Iglesia, segun costumbre, para oir la Misa mayor, se puso Facho roquete y estola (ántes del santo Concilio de Trento iban estas cosas con suma libertad y condescendencia, y nadie las exâminaba, ni ménos escrupulizaba, como con mucha razon hacemos ahora, aunque aun ahora suceden algunos casos como este por culpa de algun Cura inexperto, y neciamente piadoso); y haciendo to-

car las campanas, y encender muchas luces, estaba detras de una mesa adornada, en la qual puso una caxita en que habia colocado el hueso. Referia con aparentes y elegantes razones la virtud de su falsa reliquia, y decia que con solo besarla sanaba todas las enfermedades, como tenia bien experimentado en mil partes, curando á muchísimos de peste, mal de corazon, gota, quartanas, ciática, fiebres, y toda suerte de males. Pero en órden á las mugeres tenia una virtud mas, que no manifestaria en manera alguna, á no saber que todas las de aquel pais eran honestas y púdicas. Era esta virtud, que las mugeres impúdicas no podian acercarse á besar la santa reliquia, porque la que cometia tal atentado, quedaba inmoble repentinamente. Oido esto, todas las mugeres, y especialmente las ménos castas, por ser tenidas por buenas y púdicas, iban como á porfia, queriendo todas ser las primeras en ado-

rar la reliquia. La pobre muger del Sastre quedó la mas atónita del mundo, y se vió en la mayor angustia, no sabiendo qué hacer en aquel caso, y diciendo entre sí: si voy á besar el hueso, pierdo un par de ánades; y lo que es peor, hago un sacrilegio; y caigo en idolatría, pues sé muy bien qué hueso sea éste: si no voy, me tendrán todos por muger impúdica, meretriz, adúltera, &c., y andaré deshonrada en lenguas del Pueblo. Permaneció en esta irresolucion algun espacio; pero finalmente se determinó á perder la apuesta, pagando los ánades, solo por no perder el buen concepto de púdica; que es mas apreciable que el oro, y anduvo con las demas mugeres á besar el hueso, se arrodilló delante de la mesa, inclinó, y adoró y besó la falsa reliquia. No debia de hacer tal cosa; pero la impelió á ello el temor de perder su reputacion y fama. Pecó sin duda, y perdió su apuesta; pero mucho mas pecó el sacrílego Facho.

Ahora en punto de reliquias se procede con mayor cautela, habiendo visto tantos abusos. Los señores Obispos no permiten que sin auténticas legítimas y conocidas se expongan al público, ni enseñen privadamente.

CAPITULO XXVII.

De los Paulianos.

Dicen estos que traen su orígen y descendencia del Apóstol San Pablo, pero esto es falsísimo; pues mas debemos estar á lo que nos dice San Gerónimo, y otros autores que escribiéron su vida, que no á las charlatanerías de estos picarones. Es así que San Pablo tuvo estímulos de carne, pero los superó todos con el auxîlio divino: no habiendo, pues, el Santo sido casado, ni perdido la virginidad, ¿cómo estos Paulianos serán descendientes suyos? Para persuadir esto hacen huir las culebras, be-

ben y comen cosas venenosas sin recibir daño, y dicen que San Pablo obtuvo de Dios esta gracia para sí y sus descendientes de la isla de Mitilene, ó Malta quando fué mordido de una vívora.

Siendo yo jovencito oí de boca de un charlatan en la ciudad de Roma, que San Pablo habia concedido á todas las personas de una familia de la isla de Malta la gracia de estar libres de qualesquiera venenos ellas y sus descendientes perpetuamente; y que con ciertos polvos dados á beber pudiesen curar toda mordedura de culebra. En prueba de que él era uno de los descendientes de esta familia mostraba á todos la figura de una sierpe estampada en las espaldas: yo mismo la ví, y me creí quanto aquel embuidor decia; pero despues he sabido que todo aquello es artificial, y no natural. Para que nadie crea semejantes embustes referiré el modo con que lo hacen. Dibuxan primeramente sobre el

brazo ó espalda una sierpe: luego con la punta de una sutil aguja se pican la piel siguiendo el diburo: despues estregan por encima un poco de hollin, polvos de carbon, ó zumo de algunas yerbas, lo qual penetrando hasta la carne por las picaduras, deja perpetuamente la señal negra sobre la carne blanca. Así que, mostrándolo á todos públicamente, hacen creer á las gentes inexpertas que es verdad quanto dicen.

Las sierpes que llevan consigo, y se las arrollan al cuello, y otras partes del cuerpo con tanta admiracion de la plebe ignorante, las cogen quando son pequeñitas, ó bien en tiempo de invierno quando estan atenidas de hambre y frio: las purgan y amortiguan el veneno con largos ayunos: despues las dan de comer salvado y manteca, y aun las llenan por fuerza el cuerpo del alimento mismo, de modo que no pudiéndolo digerir, lo vomitan, y juntamente el veneno, y

pierden la malignidad primitiva. Aun no contentos con esto, beben en casa buena dosis de triaca, y en presencia de las gentes beben en agua los polvos de aquella su piedra, que llaman de San Pablo, la qual tiene virtud natural contra los venenos, con lo qual se dexan morder de las sierpes que llevan sin riesgo ni peligro alguno. Además que para mayor seguridad las tienen ántes limados y embotados los dientes para que no dañen poco ni mucho. Por medio de este y otros mil engaños venden la referida piedra, y charlando por mil modos y de mil cosas, van por los pueblos y ciudades engañando el mundo, y cogiendo quartos para holgar por las tabernas.

En tiempo del Papa Paulo III. un labrador muy sagaz trajo á Roma un áspid enterrado en una vasija para dar chasco á cierto Pauliano que se jactaba en público de que para él no habia veneno que tuviese fuerza, y vendia á todos la piedra referida, asegurán-

doles de la virtud misma, y hacia ver la sierpe dibuxada en uno de sus brazos. Prometia mil prodigios de su piedra, y se vió empeñado á dexarse morder de aquel aspid; pero como el animal no estaba purgado, lo envenenó de tal manera, que hinchándosele todo el cuerpo, sin que ningun contraveneno bástase, murió dentro de brevísimo tiempo. Así, la virtud que decia hallarse en él derivada por San Pablo por tantas generaciones, no le sirvió de nada en aquel atentado, como que todo era un puro embeleco.

CAPITULO XXVIII.

De los Acerri-Biantes, ó Proto-Biantes.

Llámanse estos *los Príncipes de los Biantes*, y por ser acérrimos de ingenio en biar, *Acerri-Biantes*. Son mas malos que los otros, pues por su mucha sagacidad y astucia (aunque son pocos) sostienen á los de las

otras sectas de Biantes, y aun tienen valor para engañar á estos y á los Ceretanos. Fingen tener privilegios de los Sumos Pontífices, de los Cardenales, de los Obispos, ó de algunas Iglesias ó Santuarios señalados y célebres para ir qüestando, ó digamos biando, por el mundo hasta paises bien distantes. Para estas bias necesitan de algunos compañeros, y así hay muchos que se ofrecen á serlo; y para entrar á la parte de la ganancia, dan de sus bienes veinte ó treinta escudos al Proto-Biante para que los lleve consigo. En tiempo de Sixto V. sucedió que uno de ellos iba retardando su marcha; y miéntras tanto no cesaba de coger escudos de diferentes que deseaban acompañarlo, cenas, comidas, regalos. Fingia con freqüencia recibir cartas de diferentes personas, suplicándole tuviese á bien de llevarle consigo en sus expediciones, hora este, hora el otro. Con esto acaudalaba mucho dinero, haciendo y dan-

do patentes á quien mas ofrecia. Finalmente, habiendo acopiado una gran suma sin que supiesen unos de otros, desapareció repentinamente, y los dexó burlados.

CAPITULO XXIX.

De los Caliciarios.

Introduxéron estos en otro tiempo con sus persuasiones é hipocresía una nueva invencion jamas vista ni oida. Daban á entender á las mugeres que habian parido aquel año, que si querian asegurar sus criaturas de toda bruxería, aojo y ligaduras, y hacerse mas fecundas, desde el Domingo de Ramos hasta el dia de Pasqua debian estar todas las mañanas en la Iglesia durante la Misa mayor una vela muy blanca en la mano. Y en el último dia, para complemento de tan santa devocion, debia ofrecer cada una un gran jarro de buen vino, y dos grue-

sas hogazas en memoria de la oblacion de Melchisedech, con alguna otra cosilla, como son huevos, queso, cabritos, &c., y aun el mismo cirio que habian tenido en la mano aquellos dias. Este cirio siempre se quedaba entero para ellos; pues si alguna muger queria encenderlo á la consagracion y elevacion, acudian los pícaros Caliciarios con un cabo de otra vela ya encendido, y se lo ponian delante, diciendo que la luz de aquel cabo era mas acepta á Dios por haber servido en muchos sacrificios. Con esta estratagema se quedaban con el cirio entero. Habiéndose, pues, introducido que aquellas mugeres se quedaban á comer el dia de Pascua con los Caliciarios, un tal Maese Felipe, queriendo librarse á sí y á los demas compañeros de este gasto, llamó á las mugeres, y las dixo: *No es conveniente ni honesto que vosotras sin vuestros maridos hagais la santa Pascua con nosotros, supuesto que esta circunstancia no es*

esencial, sino solo ceremonia de la bendicion; así que os exônero desde hoy del cumplimiento y observancia de ella. De esta forma el astuto Caliciario (se llamaba así por el cáliz con que daba de beber á las gentes el dia de Pascua despues de la Comunion) se libró de aquella carga, y recogia cada año con sus cólegas una buena cantidad de cera, pan, vino, y otros regalos. Con esto el Proto-Caliciario Felipe hacia despues, y celebraba su Pascua regaladamente sin costarle un quarto, y repetia el adagio de los pícaros.

Con arte y con engaño,
Se vive medio año:
Con ingenio y con arte
Se vive la otra parte.

CAPITULO XXX.

De los Lavanderos.

Estos no van divagando por el mundo, sino que se estan siempre en un lugar mismo. Su secta todavía no ha hincado bien las raices, ni extendido mucho sus ramos. El fundador de ella fué un tal Maestro Andres, el qual poniéndose delante del altar en una ermita de su país con una piedra hueca llena de agua en la mano, mojaba la cabeza de los niños con ella, y decia que tales niños así mojados y lustrados crecerian mucho, y se harian mas altos que los otros, lo qual era cosa convenientísima para disponerlos á mejor fortuna. Deseosas las mugeres de restablecer en el mundo la generacion gigantesca antediluviana, hacian todas que Micer Andres lavase y relavase sus hijos con aquella agua (que parecia

manar de una piedra ; como hizo Moyses en el desierto) , y por el beneficio le traian diferentes ofrendas para él y su altar. Pasado algun tiempo , y visto que los niños mojados no crecian cosa muy considerable , por cuya causa minoraban las ofrendas, fingió que durmiendo una noche le habia sido revelado , que por haber sido los donativos del altar sumamente escasos para conseguir el beneficio de crecer mucho , no habian los muchachos crecido debidamente. Así que si querian conseguir el fruto deseado , era forzoso repetir las ofrendas con nuevo fervor y viva esperanza ; y ademas , en particular ofrecer sobre el altar de la ermita una camisa sin estrenar ni lavar , á la medida del muchacho que debia de nuevo recibir las santas aguas. *La madre que en esto defraude á Dios* , decia Andres , *no verá los aumentos ni creces de su hijo, como á imitadora del impio Cain que ofrecia las peores y mas malas reses de*

su ganado. Apoyaba la virtud suya y de aquella agua con este ó el otro muchacho de los lavados ántes, de quienes se habia advertido algun aumento en la estatura; y él lo exâgeraba mucho, y prometia mucho mas; afirmando era todo efecto de las pingües ofrendas que sus madres habian hecho, como se veia bien en los adornos del altar, y de toda la santa ermita. Con estas charlas, promesas y acusaciones recogió tantas cosas, regalos, ropa, joyas y dinero, que reservando unas, y vendiendo otras en la feria de Terni, se retiró á buena vida á costa de las mugeres tontas y bozales.

CAPITULO XXXI.

De los Croceantes.

Son denominados Croceantes por el azafran, el qual en latin se llama *crocus*. Los de esta secta, poco diversa de la de los Cañabaldos, son

ordinariamente del territorio de Casia, y andan por el Reyno de Nápoles, y otros paises de Italia en donde no hay azafran, vendiéndolo á precio muy subido, ó bien trocándolo por cosas de plata, oro, y otras en que hacen nuevo negocio.

Uno de estos, á quien por apodo llamaban *Lechuza*, andando por la Calabria, y hallándose cerca de Otranto, se encontró con una muger muy bien vestida, pero de poquísima discrecion, la qual en un anillo llevaba un topacio. Díxola que por aquel anillo la daria diez veces mas azafran de lo que pesaba, no porque tanto valiese, sino por acompañarlo con otro anillo de la misma hechura y piedra que su muger tenia. Convino en ello aquella necia, y con media onza de azafran, ó poco mas, adquirió una joya que valia mas de trescientos reales.

Como esta gente corre todo el mundo, los vemos siempre cargados de medallas antiguas verdaderas y fal-

sas, sortijas, corales, ambar, joyas, y otras cosas de antiquaria que van adquiriendo á trueque de azafran, ignorando sus dueños el valor de ellas, que ellos conocen perfectamente.

CAPITULO XXXII.

De los Compadreros.

Quando estos tienen sus mugeres en cinta, van discurriendo por mil caminos el modo de librarse de los gastos que se ofrecen en el parto, v. g. el de la comadre ó partera, el de la nutriz, el del Bautismo &c., y el de grangearse el favor y proteccion de las personas ricas y poderosas. Con estas miras las hacen padrinos, y convidan al bateo, á fin de que regalen á los ahijados, y los tomen á su cargo.

Uno de esta secta, llamado Modesto Diruta, vecino de Perosa, tenia contraida mucha familiaridad con el Cardenal Legado en ella, y aun ga-

nada su benevolencia á fuerza de servicios, estratagemas y adulaciones. Vino su muger á hallarse en cinta, y vecina al parto, y obligó con mil importunas persuasiones al Cardenal á que sacase de pila lo que pariese su esposa. Lo mismo hizo con otros muchos personages de la ciudad (entónces todavía se usaba hacer y haber en un Bautismo muchos padrinos, lo que reformó despues el santo Concilio de Trento); y consiguió por este camino que los regalos y donativos del recien bautizado y de la madre fuesen tantos que llegasen á trescientos escudos. Por esto solia decir despues, y con razon: *algunos se afligen de que les nazcan muchos hijos; pero yo querria que cada dia me naciese uno, pues he hallado modo de enriquecerme y enriquecerlos.*

Este señor Modesto se servia del santo Sacramento del Bautismo, instituido para salud del alma, en comodidad del cuerpo, y en aumento

de sus hijos y bolsa. Yo pienso que hoy dia esta secta es mas extendida de lo que se cree.

CAPITULO XXXIII.

De los Familiosos.

Toman este nombre de la numerosa familia menuda que tienen. Son por lo comun hombres perezosos y enemigos del trabajo; pero prontos á la gula y comilonas. Antes quieren ir vendiendo y malbaratando lo que tienen, y morir en ocio, que aplicarse á ningun trabajo, aun en las mayores apreturas; de modo, que no quedándoles cosa alguna, recurren á mendigar y biar por el mundo. Como estos poltrones ociosos estan acostumbrados á satisfacer su vientre y tragadero, no contentándose con limosnas que bastan á mantenerles, fingen tener una gran familia de hijos pequeños, enfermos, lisiados é ineptos al tra-

bajo, con lo qual recogen abundantemente.

Un tal Juanquema, hombre voracísimo, y enemigo de la fatiga, el qual nunca fué casado, ni tuvo hijo alguno, fingia que no le bastaba su continua aplicacion al trabajo para mantener medianamente á su muger y tropa de hijos pequeños. Así andaba por la ciudad de Florencia los dias festivos armado con su zurron al lado, cazando mendrugos de puerta en puerta. Lo que cogia de dia lo comia de noche á manera de lobo; de modo, que dentro de breve tiempo con el ocio, mucho dormir, poltronería y destemplanza en comer y beber, engordó tanto, que no podia caminar. Estaba, pues, el miserable sentado á la puerta del hospital pidiendo limosna; y como fuese poquísimo lo que recogia en comparacion de su voracidad y gula, pasaba la vida mas infeliz y desdichada del mundo, hasta que finalmente vino á morir de hambre, como merecia.

CAPITULO XXXIV.

De los pobres vergonzantes.

Estos ordinariamente son hombres pobres y perezosos; y porque son conocidos, ó bien porque quieren ser tenidos por nobles y ricos, que han venido á ménos, y que se avergüenzan de mendigar, hallan la estratagema de alistarse en alguna rica Congregacion ó Cofradía de legos para lograr, como personas nobles, prudentes y devotas, el manejo de las rentas y fondos de ellas, y convertirlos en utilidad propia. Muestran gran zelo por los asuntos de la Cofradía; pero dificilmente desembolsan algun dinero. Finalmente, al dar las cuentas suelen salir alcanzados en grandes sumas, sin embargo de los embrollos que se les pasan.

Otras veces, aparentando piedad, sacan mucho provecho para sí y para

otros; pues fingen que algunas personas nobles y ricas han empobrecido y decaido de su estado á fuerza de azares y desgracias, las quales dicen les han puesto memoriales, suplicando á la Cofradía las ayude en sus necesidades; pero que avergonzándose de manifestarse, y aun de publicar su extrema indigencia á todos los señores Cofrades, se confiáron á ellos solos. Por este camino muestran estar conmovidos de piedad, y hacen que se toman el trabajo de ir por las casas de los ricos en nombre é insignia de la Hermandad ó Cofradía, sacando gruesas cantidades por via de limosna, y aplicándolas sabe Dios á quién y cómo. Con esta cubierta red y piedad fingida atesoran para su provecho estos falsos vergonzantes mucho dinero, dando tal qual vez alguna cosita á los verdaderos vergonzantes si se los recomienda la Cofradía, á fin de encubrir sus hurtos. No pongo aquí ningun exemplo de esta clase de gentes, porque

se hallan á cada paso, y seria fácil adquirirme enemigos por decir verdades.

CAPITULO XXXV.

De los Morganeros.

Morgana en lengua germanesca ó gerigonza quiere decir *campana*, de cuyo nombre toman el suyo los Morganeros. Son hombres astutos, y hallan modo de sacar lucro de las cosas destinadas al culto divino. Quando determinan salir á caza de dinero cargan en en borrico una campana de mediano peso, ú bien alguna lámpara de azofar, y giran los pueblos de la comarca con rosario en mano, y con algun Oficio de la Vírgen, fingiendo rezar muchas oraciones, y pidiendo limosna para el pago de aquella campana, que es para tal y tal Santuario.

Antonio Barbato hallándose con poco dinero para regalarse, descolgó

la campana de su ermita, y haciéndosela llevar á un mozo por la ciudad de Espoleto, con su labia y charlatanería obligaba, por decirlo así, á los Espoletinos (que en estas cosas tienen poca creencia) á sacar la bolsa, y darle limosna para pagar la campana. Supose luego la picardía, reparando en que la campana no era nueva; y por buen ajuste sacáron de la ciudad á Barbato á pedradas. Burlábanse algunos despues de los que habian dado limosna; pero estos se escusaban diciendo, que ántes la diéron por importunidad del demandante, que porque no sospechasen alguna supercheria de Barbato.

CAPITULO XXXVI.

De los Testadores.

Esta es una de las peores razas de Biantes, y de conciencia mas ancha. No cazan moscas ni páxaros menudos, sino á los mas gordos; pues siempre procuran agarrar á los ricos y grandes señores. Simulan estar enfermos, y para mostrar que han tenido siempre el mas verdadero cordial amor á este ó al otro señor rico, hacen testamento, y les dexan herederos de lo poco que poseen; á fin de que recobrada la salud que tienen puedan servirse de su bondad en los lances que les preparan.

Jorge de Antipo, que se fingia Sacerdote en Petillano, á fin de vivir con comodidad y regalo, fingió estar enfermo con tantas apariencias de verdad que todos lo creyéron muerto; pero él que era gato viejo, y sabia todas

las especies de engaños, hizo llamar al Escribano para hacer testamento, y en él instituyó heredero de quanto tenia (aunque no era mucho) al señor de aquella villa Duque de Petillano. Hecho el testamento, se lo envió cerrado al señor Duque, suplicándole lo abriese, y viese si queria mudar ó reformar alguna cosa. De un hecho semejante concibió el Duque tanto afecto y benevolencia á Jorge, que enviándole dos famosos médicos procuró su salud con todo cuidado. Jorge, que podia fácilmente levantarse de la cama entónces (como que no tenia mas enfermedad que alguna debilidad de cuerpo que él se habia procurado, privándose de la comida para mejor aparentar el engaño) simuló sin embargo por algunos dias su dolencia, levantándose un poquito cada dia. Con humo de cominos é incienso se hizo la cara pálida, mostrando á fuerza de mentiras hacer creer que habia estado en sumo riesgo; pero que la gran piedad del

señor Duque lo tenia en el mundo, Dios mediante. Despues con algunos regalitos de mas apariencia que substancia, con murmurar de otros cautelosamente, y con fingido zelo, con mil chismes y reportes, se iba grangeando la gracia del buen Duque, de manera que apénas habia otro que pudiese cosa alguna con su Excelencia sino Jorge. Sería nunca acabar si hubiesemos de referir las charlas, embustes, chismes, motejos &c. que con el Duque tenia acerca de todos los que entraban ó podian entrar en palacio; como tambien descubrir su soberbia, avaricia, gula, y aun glotonería. Bastará decir, que siendo nacido en un país de mala gente, y habiendo sido educado con pésimas costumbres, no podia dar de sí otra cosa. Es pension de la condicion humana que las personas mas advertidas y prudentes en atravesándose las adulaciones hayan de quedar sin ninguna de sus dotes, y á nadie hayan de creer sino á los

mismos que los venden y engañan.

CAPITULO ULTIMO.

De otras sectas de Vagabundos.

Hay otras muchas sectas de Vagabundos, que omitimos aquí por no ser tan conocidas y señaladas. Nombrarémos una ú otra solamente.

I. Los Endemoniados fingidos, los quales andan á cada momento agitando la cabeza, y despidiendo ciertas voces ó bramidos como toros. Dicen que estan poseidos del demonio, el qual se les entró en el cuerpo por una grave y criminal desobediencia, y lo peor por haber puesto ciega y bárbaramente las manos en su padre, el qual les habia echado su maldicion por aquella causa.

II. Los Quemados ó Abrasados, que con alumbre de roca y otros ingredientes puestos en la cabeza se hacen caer el pelo, quedando la carne como

si hubiese sido quemada con fuego. Dicen que se les quemó la casa, y quanto en ella tenian, de manera que quedáron desnudos; por lo qual se ven en la precision de buscar el alimento necesario en la piedad de los fieles.

III. Los Temblónes, los quales andan casi desnudos, y con terribles voces gritan pidiendo *piedad, piedad.* Fingen que han sido robados, ó cogidos de Moros; pero que por la devocion que tenian en la Virgen María, ó en algun Santo, se pudiéron librar de sus garras, y que finalmente van corriendo el mundo para manifestar á todos la gloria de Dios; pero realmente es por no trabajar.

IV. Los Hormigotes, que son soldados fingidos, afirmando vienen de esta ó aquella guerra contra infieles y enemigos del nombre christiano, de la qual saliéron heridos de una bala, por cuya razon andan bendados en una ú otra parte de su cuerpo. Así por no caer en la tentacion de tomar

lo ageno, hacen como la hormiga que disfruta las fatigas del labrador sin arar ni sembrar la tierra.

Otros hay que dicen tienen amuletos escritos ó nóminas para varias dolencias; y dicen es preciso llevarlos sobre la carne secretamente, de forma que nunca sean vistos ni leidos de nadie. Véndenlos á buen precio, sin embargo de que no contienen sino cosas ridículas y picarescas. A una muger quartanaria le diéron para llevarlo pendiente del cuello el amuleto siguiente:

Mi señora Doña Juana,
Dios prorogue tu quartana,
El mal mes y la mala semana.
Vete á la playa del mar,
Y allí te harás encantar,
Porque patillas te venga á llevar.

A otra que padecia unas fiebres lentas le diéron estotro amuleto:

Tres palos, una soga, y una escala
Te quitarán la calentura mala.

A cierto hombre que tenia mal de ojos le diéron escrita la nómina siguiente: *Dæmon evellat oculos tuos, et stercoribus repleat loca vacantia.* Esto es: *el Diablo te saque los ojos, y llene de estiercol los hoyos vacíos.*

Una muger soltera que tenia amistad ilícita con un hombre, ó queria tenerla, les pidió un remedio para no concebir, y le diéron éste:

Margarita, Margarita,
Mas barata que bonita,
Caerás en tentaciones
Si en el peligro te pones.
Si dexas abrir la brecha
Mi amuleto no aprovecha.

Venden ciertas llavecitas de hierro, que dicen son construidas por revelacion, las quales tienen maravillosa

virtud contra el mal de corazon: lo qual todos son embelecos y picardías.

Otros dan de beber á sus compañeros cierto licor que les hace caer en desmayo, y luego dicen que la causa es una extrema debilidad de fuerzas á que los ha conducido la falta de ropa y alimento. Por tanto piden uno y otro á las gentes piadosas, y consiguen lo que no merecen.

Hállanse otros muchos de estos taimados embaidores, que dexo de referir por no alargar demasiado esta obrita, y porque nadie hay que no los haya conocido una ú otra vez. Solo por conclusion referiré un caso sucedido en Roma en tiempo de Sixto V. con un solemnísimo picaron de estos. Este, con sangre de buey, miga de pan, cola, escamas de besugo, y otros mejunges puestos en todo su cuerpo, se fingió leproso; y vistiéndose vestidos decentes, dexaba ver el pecho y algo de los brazos cubiertos de lepra. Como no iba á pescar peces

menudos sino los mas gordos, se fué á la casa de un gran Prelado que ténia renombre y fama de muy piadoso y caritativo, y le rogó lo bendixese con sus oraciones; pues era tanta la fe que en su virtud tenia, que esperaba como cosa segura (y así se lo habia inspirado Dios) recobrar con su bendicion la salud de su cuerpo, y aun de su alma. Executólo el buen Prelado con suma caridád, rogando por él á Dios, sin sospechar que allí pudiese caber fingimiento: dióle su bendicion con gran fervor de espíritu, y lo despidió consolado. Vuelto á su posada, y dándose un lavatorio general de todo su cuerpo con agua tibia, quedó limpio, con bella y hermosa carne y color, y sin ninguna señal de lepra. Volvió así el dia siguiente al Prelado, descubrió el pecho y brazos en su presencia, y aseguró con fingidos lloros que le habian curado tan asqueroso mal su signo de cruz y poderosas oraciones. Dábale repetidas gracias por

el favor recibido ; llamándolo santo y siervo de Dios, aceptísimo á su divina Magestad, con otros muchos epitetos, de manera que el sencillo Prelado dió crédito al fingido milagro. Tomólo baxo de su proteccion, y de allí á poco le alcanzó un razonable vitalicio con que se regaló bien miéntras le duró la vida ; sí bien despues á la hora de la muerte declaró el engaño para que sirviese de exemplo á otros Prelados.

No dexaré de repetir últimamente que todo el mundo se guarde de semejantes picarones, polillas del género humano ; pues en todos los paises se hallan Biantes, Vagabundos y peregrinos falsos. La malicia de los tales, y el horror que tienen al trabajo les hacen discurrir invenciones tan sutiles y vestidas de virtud, que apénas las penetra el mas lince, y la gente sencilla queda siempre engañada. Guardarse de todos no es hacer mal juicio de ninguno, pues los continuos exem-

clares que vemos hacen que podamos fiar de muy pocos. Adviertan tambien los que se entregan á estas viles artes, que á la corta ó á la larga serán descubiertos y castigados condignamente, como sucede á casi todos quando Dios se cansa de sufrirlos. Así que será mejor se procure cada qual el sustento con el sudor de su frente, si carece de bienes, y viva como hombre de bien y honesto con el santo temor de Dios, el qual les socorrerá en sus verdaderas necesidades.

F. L. N.

INDICE

DE LOS CAPITULOS.

Cap. I. *Del orígen de los Biantes Galloferos, Ceretanos, Tunantes y Vagabundos.* Pág. 5.
Cap. II. *De las varias especies de Biantes, Tunantes, Galloferos, Vagabundos y Ceretanos.* 7.
Cap. III. *De los Biantes.* 10.
Cap. IV. *De los Felsos.* 19.
Cap. V. *De los Afrayles.* 28.
Cap. VI. *De los falsos Bordones.* 47.
Cap. VII. *De los Acaptosos.* 54.
Cap. VIII. *De los Afarfantes.* 57.
Cap. IX. *De los Acapones.* 71.
Cap. X. *De los Lagrimantes.* 75.
Cap. XI. *De los Asciones ó Aturdidos.* 76.
Cap. XII. *De los Acayentes.* 78.

Cap. XIII. *De los Cañabaldos ó Cambaldos.* 79.
Cap. XIV. *De los Mutuantes ó Prestadores.* 87.
Cap. XV. *De los Atemblantes.* 90.
Cap. XVI. *De los Admirantes.* 91.
Cap. XVII. *De los Acconios.* 93.
Cap. XVIII. *De los Atarantados.* 94.
Cap. XIX. *De los Azoqueteros.* 97.
Cap. XX. *De los Crugientes.* 98.
Cap. XXI. *De los Clerizontes.* 102.
Cap. XXII. *De los Rebautizados.* 110.
Cap. XXIII. *De los Falpadores.* 112.
Cap. XXIV. *De los Harineros.* 118.
Cap. XXV. *De los Lampareros.* 120.
Cap. XXVI. *De los Reliquieros.* 121.
Cap. XXVII. *De los Paulianos.* 133.
Cap. XXVIII. *De los Aceri-Biantes.* 137.
Cap. XXIX. *De los Caliciarios.* 139.
Cap. XXX. *De los Lavanderos.* 142.
Cap. XXXI. *De los Croceantes.* 144.
Cap. XXXII. *De los Compadretos.* 146.
Cap. XXXIII. *De los Familiosos.* 148.
Cap. XXXIV. *De los pobres vergonzantes.* 150.